

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum rebus de
vilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.
«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

Puntos de suscripción.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 por trimestres en la administración.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

Puntos de suscripción.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluya en 30 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envían en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

Todos cuantos, conociendo las mañas revolucionarias, hayan tenido noticia de la manifestación que el orbe católico realiza actualmente en Roma, esperarían seguramente ver muy luego engalanados los órganos de la opinión pública con nuevas patrañas relativas a Roma.

Las patrañas, en efecto, han venido con tal abundancia, que al tomar en las manos varios periódicos liberales de esta tierra de garbanos, observamos que sus ilustrados redactores se han dado prisa tanta para traducirlas ó copiarlas, que nos ponen en el caso que designan los franceses con la frase de *difficulté para elegir*.

Por de pronto diremos que, según cuentan, aquel convenio franco-italiano, aunque arrojado a la inclusa apenas nacido, por los hombres de Italia, á quienes con lenguaje figurado llamamos sus madres, y aunque escarnecido por el mundo entero, ha logrado sin embargo, desde el muladar en donde á parir ha ido, cautivar á Austria; ó como si dijéramos, á quien en Europa está más interesado materialmente en que tan repugnante engendro sea sepultado bajo siete varas de tierra. Pero el milagro no para en esto, pues Austria ha sido conquistada por las fealdades del chico de manera que recogiendo, y no con tenazas, lo ha presentado á la Santa Sede y ha pedido á ésta que le apadrine y otorgue cuanto de ella exige.

Y todavía no se limitan á esto las pruebas de amor austriaco, pues que además de tomar Austria el cargo de tutor en Roma, le ha tomado igualmente en otras cortes católicas, pidiéndoles que la ayuden en la empresa de vencer las resistencias de la Santa Sede. ¿Qué tal?

O somos muy zurdos en inteligencias de mentiras revolucionarias, ó nos llevamos un chasco de marca mayor si al cabo no se descubriera que en este punto de las comunicaciones entre Austria y las Potencias católicas, si tales comunicaciones existen, los revolucionarios han cambiado los frenos á sabiendas, diciendo que Austria acepta la validez del tratado y negocia para que sea cumplido sin mayor daño de la justicia, cuando la verdad será que Austria, negándose á aceptar aquella validez, pregunta á dichas Potencias católicas si en este asunto opinan lo mismo que ella.

Pues vamos á otra. Han de saber Vds., «que en Roma no se puede vivir.» A gusto, sin que el corresponsal que tan estrepitosa noticia dá lo dijera, es evidente que no habrán comido, paseado y dormido esos varios millares de católicos que entre los doscientos mil que han ido á pasar allí la Semana Santa no han encontrado mejor posada que los portales, ó han tenido que poner sus tiendas á campo raso. Pero el corresponsal revolucionario no se refiere á esto, pues dice «que en Roma no se puede vivir, porque no pasa día sin que la libertad individual se vea atacada, y porque la policía secreta, que todo lo invade, acomete infinitos atropellos.»

Lo primero que se nos ocurrió al leer las anteriores líneas, fué que el corresponsal hablaba de cualquiera ciudad del gran reino; pero pensando que, si así fuese, un corresponsal revolucionario diría verdad, desechamos esta idea por absurda, y nos convencimos de que en efecto á Roma se refería el ilustrador de la opinión pública.

Sin embargo, la ocasión que este ha elegido para mentir de tal suerte, prueba que la casta se embrutece por momentos, pues habla así cuando hay doscientos mil forasteros en Roma, que dentro de pocos días, de vuelta á sus respectivos países, en el universo mundo proclamarán que Roma es hoy el pueblo de Europa en donde se respira verdadera libertad.

Y por hoy basta de mentiras revolucionarias. Dos meses por lo menos han transcurrido desde que por primera vez se habló de que Bonaparte iba á hacer un viaje. Unos limitaban este á Lyon, á donde se decía que llevaba á S. M. el deseo de dar un apretón de manos á su compadre Victor Manuel, con el cual cerraría allí

definitivamente el contrato que expresan los artículos secretos adicionales al tratado de 15 de Setiembre.

También, recordando que en Lyon fué donde el presidente Bonaparte descubrió por vez primera sus propósitos de imperializar, suponían algunos que ahora le llevaba á Lyon el deseo de recomendar á los lioneses á su hijo, y que para disponerlos á que consideraran á este como Emperador futuro, había decretado el derribo de las fortalezas de aquella ciudad, y había manoseado el lomo de los obreros con las frases de confianza en ellos que contenía el decreto de derribo.

Sin negar que Bonaparte vaya también á Lyon, ni que le lleve el deseo de realizar cualquiera de los dos ó los dos objetos arriba expresados, se alarga ahora el viaje de su majestad hasta Argel, y entre los planes que allí, ó en el camino, se dice que se propone realizar, se cuenta el de estudiar la situación de aquella colonia, y medir y pesar las ventajas que reporta á la metrópoli su conservación, con el fin de resolver si le conviene reservar para Francia los territorios del litoral de la Argelia y ceder los restantes á Abd-el-Kader, para que constituya con ellos un reino ó cosa parecida, bajo el protectorado del Imperio francés y tributario del mismo.

Al pronto tuvimos por infundada esta suposición, pero sin decir que tenga gran fundamento, creemos conveniente recordar una carta dirigida por Napoleón III con fecha 29 de Julio de 1860 á su querido Persigny, en la cual le decía:

«¿Podría ocultarseme que Argelia, no obstante las ventajas que en lo porvenir ofrece, es hoy causa que debilita las fuerzas de Francia, y la cual de treinta años á esta parte embebe lo más puro de su sangre y de su oro?»

¿Conoce Napoleón III que Francia, ó por mejor decir S. M. Imperial, va á necesitar pronto de la sangre y el oro puro que la Argelia se traga?

¿Va Napoleón III á ahorrar estos gastos y de paso á ver si en la tierra ó en el mar puede ganar algo? O lo que es lo mismo, ¿va por Atun y á ver al duque?

Los viajes de S. M. Imperial siempre han tenido *busilis*, y hoy la historia nos enseña cuántas han pagado los gastos de sus viajes á varios puntos, y principalmente á Plombières y Chambéry.

Pero también S. M. Imperial ha viajado á veces, volviendo á su casa como el negro del sermón, como por ejemplo cuando fué á Baden, Cherburgo y Niza, y ni el Czar ni el Rey de Prusia quisieron darle gusto.

De cualquier modo, es evidente que Napoleón III no viaja sólo por afición, pues que en todos sus viajes hay gato encerrado.

Y S. M. Imperial lleva ahora una escolta muy lucida, pues que á Argelia le acompaña su escuadra acorazada.

De buena gana iríamos á las Baleares, y eso que allí no se nos ha perdido ahora nada. Pero veríamos la comitiva que lleva á Argelia su majestad imperial.

TELEGRAMAS.

NEW-YORK, 8 (por la noche).

Se asegura que el general confederado Lee ha caído prisionero, y con él resto de sus tropas.

TURIN, 20.

No obstante el dictamen de la comisión y la Cámara popular ha decidido discutir el proyecto de ley ministerial referente á la supresión de las corporaciones religiosas en el reino de Italia.

ATENAS, 20.

El Rey está girando una visita por las provincias orientales.

NIZA, 20.

Están ya casi perdidas las esperanzas de que se salve el Príncipe heredero de Rusia.

El Czar ha llegado. La Emperatriz está en extremo conternada.

PARIS, 21.

Las noticias de Constantinopla alcanzan al 20.

Se asegura que por medio de una ley que deberá publicarse muy en breve, se convertirán en propiedades libres los bosques y jardines que hay actualmente en Vaucluse. Esta medida será el principio de la secularización de las propiedades pertenecientes á las mezquitas.

PARIS, 21.

En la Bolsa hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 42 1/2; el 3 exterior á 00 0/0; la diferencia á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés á 67-60; y el 4 1/2, á 96-00.

LONDRES, 21.

Los consolidados ingleses quedaban de 90 3/4 á 7/8.

Refiriendo al *Euzalduna* un vascongado algunos de los importantes sucesos de Roma que ayer mencionamos, le dice:

«El día de ayer, Lunes Santo, fué doblemente santo para mí, día que jamás se borrará de mi memoria. Digo á V. que el conde Brunet, director de la caravana, había conseguido, para todos los que la forma-

mos, una audiencia de Su Santidad, y este era el día señalado para ella. A las cuatro de la tarde nos reunimos en el salón del Consistorio del Vaticano. El Papa entró en el salón precedido de tres Guardias Nobles que venían en actitud de ceremonia con espada en mano, y seguían á Su Santidad monseñor Merode, monseñor Pacca y otros tres.

Nuestro director, el señor conde de Brunet, dirigió en francés al Venerable Pío IX este breve discurso: «Santísimo Padre: no pudiendo traer á Vuestra Santidad batallones armados para defender la Iglesia, tengo la dicha de presentar á Vuestra Santidad una falange de peregrinos, soldados de Jesucristo, que esperan obtener por sus oraciones el triunfo de Vuestra santa causa. Muchas veces ya, el arma de la oración ha vencido los ejércitos de la tierra; venimos, pues, á ofrecer á los pies de Vuestra Santidad nuestros votos y nuestras oraciones. Felices nosotros si llegamos á conseguir la recompensa más grande que podemos desear, Vuestra santa bendición.»

En seguida se puso en pie el venerable Pontífice, y con una voz tan dulce como la voz de los ángeles, con un acento inimitable en lo humano, en una actitud verdaderamente soberana, y dando á su bondadosa fisonomía una expresión indescriptible, contestó también en francés estas ó parecidas palabras, que escuché con grande y religiosa atención:

«Os agradezco los sentimientos que me manifestáis. El Papa, en estos momentos en que todo parece ligarse contra él, sólo de lo alto espera recursos. Continúa orando por mí, porque orando todos juntos, obtendremos de Dios el triunfo que le pedimos. Voy á daros mi bendición para vosotros, para vuestras familias, para todas las personas que os son queridas, y para las cosas que me presentáis.»

Nos postramos de rodillas, y levantando los brazos al cielo, el Sumo Pontífice, nos bendijo en voz más alta todavía que su discurso.

Instantáneamente después continuó diciéndonos:

«El Papa no puede recordar todas las personas que le son afectas, son muchísimas; pero al ofrecer á Dios Omnipotente el Santo Sacrificio, le ofrece por todos los que me son afectos... Os invito á perseverar. Os vuelvo á dar mi bendición á fin de que, después de haber cumplido el acto más importante de vuestra vida, que es el morir santamente, podamos todos juntos recibir un día la bendición eterna y veros reunidos en el cielo.»

El efecto que causó en nosotros la presencia del venerable Pontífice, su majestuosa actitud, la expresión de su bondadosa fisonomía, la angelical dulzura de su acento, y la santidad que manifestaban sus miradas y sus menores movimientos, es para sentirlo, para grabarlo en el fondo de nuestros corazones, no para expresarlo. Lo que se siente ante Pío IX es muy diferente de lo que se siente ante ningún otro Soberano de la tierra. Ante Pío IX nos olvidamos de nosotros mismos; quisiéramos tener mil corazones para rendirlos á sus pies, tan grande es el amor, la adhesión que inspira! Ante Pío IX, oye el alma, siente el alma, el alma goza! ¡Oh alma mía! ¡de cuánta dicha has disfrutado el Lunes Santo de 1865!

Después de este inolvidable acto, íbamos á tener la honra de besar el pie del Padre común de los fieles. Llegó mi turno. Al ponerme de rodillas ante el representante de Dios en este mundo, el conde de Brunet que estaba á su lado, con una galantería que le agradezco, y debida sin duda á la circunstancia de que era yo el único español entre tantos peregrinos que estábamos en el salón, dirigiéndose al Papa le dije: «El señor... de Bilbao... ¡Ah, Bilbao! contestó Su Santidad, *sois vascongado, hijo mío!* Mi alma entonces debió decirle todo el amor que los vascongados le profesan, cuán adheridos están á su santa causa, cuánta participación toman en sus penalidades; pero mis labios permanecieron mudos, y unas lágrimas de tiernísima emoción que asomaron á mis ojos y que Pío IX debió ver cuando levantó la cabeza para recibir de su mano la medalla que me alargaba, fueron el intérprete de mis sentimientos.

Al retirarse, Su Santidad volvió á levantar sus brazos, y dirigiendo una tiernísima plégaria al Omnipotente, plégaria que me hizo humecer nuevamente los ojos, nos bendijo otra vez y se retiró.

Leemos en *La Esperanza*:

«Según los periódicos belgas, el motivo por que el Sr. Arragoiz, ministro de Méjico en Londres, ha dado su dimisión, es el de que desapruéba altamente la conducta del Emperador Maximiliano respecto á Su Santidad. Sólo así podía explicarse este acto de uno de los hombres políticos que más activamente han trabajado en favor de aquel Imperio. Créese que le imitarán, no sólo el Sr. Gutiérrez de Estrada, que fué, por decirlo así, el creador del Imperio, y el señor Aguilar, redactor de la magnífica exposición de la Asamblea de los Notables, sino también el Sr. Velazquez de León, que acaba de venir de Méjico á Roma con la comisión de explicar á Su Santidad la conducta de Maximiliano.»

«Pero lo que hoy nos parece más digno de atención es la especie que nos apunta á nosotros desde Méjico una persona respetable, y que puede haber vislumbrado la verdad, sobre las miras ulteriores de Maximiliano. A juicio de esa persona, al tomar el Emperador el rumbo *liberal* que ha tomado, no ha pensado tanto en conservar su corona de Méjico como en prepararse convenientemente para volver á Europa, no se sabe con qué aspiraciones; lo cual hace verosímil la protesta que poco há se dijo haber hecho contra las condiciones á que se sometió en Austria al aceptar la corona imperial mejicana. Felizmente no depende ya el mundo europeo, como hace algún tiempo, de su patrono; teniendo además su augusto hermano el Emperador de Austria y sus legítimos sucesores más ase-

gurados sus derechos y mejor guardadas las espaldas que antes.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 22 DE ABRIL DE 1865.

Al ventilarse estos días en el Senado la conducta del Gobierno en materias de orden público, no ha podido menos de tratarse, aunque no á fondo ni con el detenimiento debido, la cuestión de la enseñanza pública.

Siempre habrá relación directa entre la doctrina moral y las decisiones humanas, entre la educación y las costumbres; pero los sucesos que han motivado la interpeleación del Sr. Calderón Collantes están tan íntimamente enlazados con el estado actual de la instrucción universitaria, que no hay manera de discutir formalmente acerca de ellos, sin tocar este gravísimo punto. Por una asonada estudiantil tuvieron principio en efecto los deplorables acontecimientos que han terminado ensangrentando las calles de la capital; y vimos la semana pasada que en nombre de la *libertad científica* se dirigieron proclamas por los periódicos revolucionarios para calmar á la gente inquieta y levantisca.

Amargamente lamentamos que á la cuestión de enseñanza, de suyo tan grave y propia tan sólo para ser tratada con pulso y detenimiento por hombres pensadores, se la haya dado un giro tan peligroso, convirtiéndola, no sólo en política, sino en política de motín, en política trastornadora del orden material. Siempre hemos estado huyendo de semejante peligro: nos hemos esforzado siempre en hacer ver que el remedio de la plaga social de la mala enseñanza era superior á nuestras miserias de partido, y que toda persona sensata, cualesquiera que fuesen sus opiniones meramente políticas, estaba verdadera y altísimamente interesada en la corrección de abusos cuyo objeto no es otro que arrancar del corazón de la juventud estudiantil la idea purísima de Dios, los principios fundamentales de toda forma legítima de Gobierno y del orden social. Con nuestras débiles fuerzas hemos contribuido á que las exposiciones dirigidas á S. M. de todos los ángulos de la Península, pidiendo la reforma de la enseñanza en sentido católico, viniesen suscritas por individuos de diversas opiniones meramente políticas, porque todas ellas, si son tales, si no traspasan los límites de lo dudoso, de lo honesto y opinable, están interesadas en que se afiance lo incontrovertible, lo esencial y necesario.

Pero es preciso convenir en que los autores de estos abusos, los causantes del mal, no pecan desgraciadamente de ignorancia: conocen perfectamente todas las perniciosas consecuencias de sus escandalosas doctrinas, y se proponen al extenderlas, no un fin meramente político, sino un fin anti-católico, y por consiguiente anti-social. Saben bien que el krausismo es el panteísmo y éste la negación de Dios: son krausistas, porque son panteístas, y son panteístas, porque son ateos. Conocen asimismo que sus teorías sobre la razón humana son la expresión más ingenua del más grosero materialismo, y con pleno conocimiento de causa continúan enseñando doctrinas materialistas.

De aquí el fenómeno de que ninguno de esos profesores se haya tomado el trabajo de sincerarse ante el público; de someterse cual era su deber á fuer de católicos, al tribunal competente de la autoridad eclesiástica, maestra infalible de verdad en el orden religioso. De aquí también el hecho constante de querer convertir una cuestión esencialmente religiosa y social en cuestión política.

Ya se ve; es mucho más fácil encender las pasiones en pró de una mala causa, que defenderla con las armas de la razón; mucho más sencillo meterlo todo á barato, hablar de la Inquisición, de Galileo, del oscurantismo, del progreso y de la libertad científica, que probar que el error no es error, ni la herejía herejía, ni la blasfemia blasfemia. A la inmensa mayoría del pueblo español no se le puede decir: «hacemos bien en proclamar que Dios es todo, que el sol es Dios y el insecto es Dios, Dios el hombre y el asno, el espíritu y la piedra, que el hombre no tiene alma espiritual, que el bruto piensa y raciocina», etc., etc. No se le puede decir esto, ó no hay valor al menos para manifestarle que en enseñar estos absurdos y disparates consisten el decaimiento del progreso, la libertad científica, la inmunidad profesional. Pero esta inmunidad, esta libertad, este progreso, este espantoso cúmulo de horrores pueden sostenerse con éxito llamando traidores, espías, delatores y sacristanes á los que dan la voz de alerta á las familias y á los Gobiernos contra enseñanza tan impia: pueden sostenerse con éxito diciendo, como de-

cía ayer el Sr. Luzuriaga, que corrigiendo tan enormes abusos se llegará *paso á paso á convertir la universidad en un convento y cada cátedra en una congregación.*

De aquí nace, pues, el empeño de transformar una cuestión social en cuestión política, empeño que demuestra la completa falta de razón, la absoluta imposibilidad de la defensa franca y sincera de tan atroces doctrinas.

Se prescinde pues del fondo, que no es otro que el de averiguar si en una nación esencialmente católica se debe enseñar, faltando á la santidad del juramento, doctrina esencialmente impia y notoriamente herética, y prescindiendo de esto, se da gran importancia á hechos relativamente insignificantes.

La separación del Sr. Montalban. El Sr. Luzuriaga la calificó ayer de inoportuna. En efecto, estamos conformes con S. S.; la separación del rector ha sido fuera de tiempo. Pero la palabra *inoportuna* no es la propia: la que expresa bien la falta de los Gobiernos es la palabra *tardía*. El Sr. Montalban debió ser separado de su puesto desde el momento en que se vió que un profesor de la Universidad central desde la cátedra del perianito había negado á Dios el atributo de Creador, tal como lo entiende la Iglesia católica, y había osado imprimir su discurso académico sin que el Sr. Montalban se lo hubiera impedido. *Tardía*; porque la separación del Sr. Montalban debía contar tantos años de fecha cuantos lleva en su tiempo la publicación de ciertos escritos evidentemente impíos de algunos catedráticos de la Universidad central, sin que el rector les haya dirigido la menor reconvencción, la más sencilla advertencia.

Separación del Sr. Castelar. Tardía también y mezquina por añadidura, si no va acompañada ó inmediatamente seguida de la de otros catedráticos tanto ó más funestos que el suspenso.

Asonada estudiantil. ¿Quién duda que este hecho á todas luces escandaloso está revelando falta de disciplina universitaria y sobra de mala doctrina? ¿Quién duda que ese hecho arguye contra la administración del Sr. Montalban?

Decía ayer el Sr. González Brabo devolviendo al Sr. Luzuriaga el argumento de que por el camino emprendido llegaría el Gobierno á convertir la Universidad en un convento y cada cátedra en una congregación; «con mal viento hinchais vuestras naves: por el camino que emprendéis llegareis á convertir la Universidad en un club, y cada cátedra en una tribuna de demagogos.» Por los sucesos de los días 8 y 10 del actual, por lo inferior el pio lector si en la Universidad central pasa algo de lo que anuncia el señor ministro de la Gobernación.

Algo, en efecto, y aun algo de este desorden inconcebible pasa y está pasando hace muchísimo tiempo. No se nos crea á nosotros. Un periódico progresista de los más puros, *La Iberia*, denunciaba el hecho hace muchos años refiriéndose al mismo Sr. Castelar, á quien ahora tan abiertamente protege. No estaban entonces coaligados demócratas y progresistas, y podían decirse la verdad. El mal es por tanto muy antiguo; y si entones se hubiera hecho caso de lo que denunciaba *La Iberia*, es seguro que la separación de un rector no hubiera dado margen á tan deplorables desórdenes.

Pero si son tardíos estos remedios, vale más que lleguen alguna vez que nunca, y deber nuestro es alentar al Gobierno en el camino que ha emprendido. Siga, pues, resueltamente por él, mirando siempre la cuestión de la enseñanza pública como cuestión verdaderamente social, superior á toda cuestión política: prescinda en ella de pequeneces y personalidades, haciendo ver que no hay partido político honrado, ni persona alguna que, deseando para España el singular é inapreciable privilegio de la unidad religiosa, no deba oponerse con todas sus fuerzas á la libertad de la enseñanza ni dejar de favorecer la unidad de doctrina científica dentro de la unidad católica.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

OFRENDAS Á SU SANTIDAD.

MADRID. Una persona devota, 20 rs. PUZOL. Santissime Pater: Confortare. Modicum, et per Mariani cunctas hereses interimes, et vinces.—Un exlastrado, 500 rs.

SEVILLA. Eduardo Cuadrado, 60 rs. 30 céntimos.

VENTAS DE PEÑA AGUILERA. A. Q., 12 reales 6 céntimos.

TORO. Christe audi nos.—Concedeme por la intercesión de María Santísima resignación para llevar en paciencia mis disgustos y ofrértelos en pago de mis culpas.—L. R. J., mensual, 6 rs.

Cuatro colecciones de «Discursos del señor Aparisi», y un ejemplar de «Ricos y pobres», 7 1/2 rs.

Ayer continuó en el Senado la discusión comenzada el miércoles con motivo de la interpelección del Sr. Calderón Collantes, sobre los sucesos de los días 8 y 10.

En la sesión de ayer, como verán nuestros lectores en el extracto, hicieron uso de la palabra los señores Luzuriaga, González Brabo y marques de los Castillejos.

Del discurso del Sr. Luzuriaga, ya decimos algo en otro lugar. Del resto de la sesión, el único hecho culminante que nos parece conveniente destacar, es la exquisita susceptibilidad del Sr. Prim y del partido progresista, que dió en mostrarse agraviado por ciertas palabras del Sr. González Brabo en su discurso del día anterior, en las cuales dijo el señor ministro de la Gobernación que la actitud de los senadores progresistas y otros antecedentes, justificaban la conducta del Gobierno en la noche del 10.

El Sr. Prim creyó ver en estas palabras cierta manera de inculpar de complicidad directa o indirecta por parte del partido progresista en los sucesos de la referida noche, y acaso movido por un remordimiento implacable, se obstinó el marqués de los Castillejos en que el señor González Brabo explicara aquellas palabras, ó sea en que declarase el señor ministro que no había querido decir lo que dijo y lo que todo el mundo entendió desde luego que había dicho y querido decir. Pero el señor ministro no había de retirar sus palabras sólo porque á los senadores progresistas se les antojase que eran ofensivas, y si estaba convencido de lo que había dicho, hizo muy bien en no retractarse, contentándose con explicar sus palabras confirmando, bien que salvando las intenciones del Sr. Prim y sus compañeros, á quienes declaró que no había querido ofender. Lo que nosotros entendimos y lo que todo el mundo debió entender, porque está en la mente de todos, es que el Sr. González Brabo hacía causante ó cómplice de la situación por que estamos atravesando al partido progresista, y principalmente á sus representantes, que con su actitud revolucionaria infundía la perturbación, y ahora se presentaba á formar parte de la liga de todos los partidos liberales militantes que están fuera del poder, y que bajo el manto de legalidad fomentan la rebelión poniéndose en frente del principio de autoridad y del Gobierno que lo representa, y al cual va unido mientras está en el poder, por más que otra cosa quisiera decir con sus sofisticas distinciones el Sr. Luzuriaga.

Lo sensible es que el ministro de la Gobernación pagará un tributo al parlamentarismo expresando su deseo de que volviera á las Cámaras el partido retraído, para ver reproducidas las luchas de mejores tiempos, lo cual en sustancia equivale á desear para esta pobre nación el suplicio de Prometeo, á quien un águila devoraba las entrañas, que inmediatamente volvían á renacer, para que nunca le fueran devoradas. Como nuestras desgracias, ya que en un todo no sean efecto de ellas, porque la causa está más atrás, al menos les han dado forma y las han agravado esas luchas de mejores tiempos á que se refería el señor ministro, desear que estos vuelvan, es desear que de nuevo volvamos á pasar lo pasado hasta volver á donde indefectiblemente volveríamos, que es el estado en que hoy nos encontramos.

Habló también el general Prim de las palabras que pronunció en el célebre banquete de los Campos Eliseos, dando á entender que al decir que se retirasen las tropas á sus cuarteles y entonces se vería si era ó no fuerte el partido progresista, lo decía en el sentido de que en ese caso podría convencerse todo el mundo de que la opinión en nuestra patria se adhería á esa comunión. El medio de prueba nos parece ingenioso, pero creemos que para el mejor orden en el recuento de que hablaba el Sr. Prim, en nada estorbarían las tropas, que por otra parte se distinguirían por su traje si no quería tomárselas en cuenta y contribuir á conservar ese buen orden.

Por lo demás, después de la explicación del Sr. Prim, aun habrá quien dude cuál es más exacta, si la que dió el senador progresista, ó la que dió á su tiempo los diarios de este color.

Por último, decía el Sr. D. Juan Prim y Prats, que el partido progresista no tenía favor en Palacio, y nosotros, al oír esto de boca del teniente general, conde de Reus, marqués de los Castillejos, grande de España, gentil-hombre de Cámara y compadre de S. M. la Reina, no pudimos menos de reírnos, y apenas nos hubimos reído y vimos reír á los demás, comprendimos que el general Prim había conseguido lo que pudo proponerse.

Leemos en *La Discusión*:

«El padre del desgraciado Puñales Alderete ha otorgado poder para acudir á los tribunales en demanda de justicia y reclamación de perjuicios.»

«Tenemos entendido que algunas otras familias, víctimas de los sangrientos sucesos del día 10, acudirán también á los tribunales.»

Entre los rasgos más ó menos horribles que caracterizan al liberalismo, ninguno nos parece tan repugnante como la hipocresía con que frecuentemente profana la santidad de los sepulcros para honrar en la apariencia la memoria y aun los cuerpos de los muertos, y en la realidad sólo para medrar y conseguir sus planes ambiciosos.

Decimos esto, porque el párrafo citado de *La Discusión* nos ha hecho recordar la multitud de profanaciones mortuorias que cuenta el liberalismo y cuán seco debe tener el corazón, cuando después de lo pasado aun se atreve á

especular con el sentimiento de un padre, de un hijo, de una esposa en cuyos oídos suena todavía la voz querida de un hijo, un padre, un marido que acaba de robarles para siempre uno de tantos motines liberales.

«Si, solo las miras políticas, la especulación política, la ambición política han podido aconsejar á los parientes de los muertos y heridos el día 10, que promuevan un proceso sin pies ni cabeza, y cuyo resultado no puede ser otro que proporcionar al periodismo insaciable un pretexto más para ahuecar su voz, dirigir insultos al principio de autoridad, y ver si caen de este modo unos ministros y suben otros y mandan otros, que al fin y al cabo este es el objeto supremo del sistema?»

¡Ah! si el liberalismo tuviera conciencia, no narraría en voz de triunfo el hecho que relata *La Discusión*. Si el liberalismo tuviera conciencia, temblaría seguramente, si no de que se incoasen los procesos que se anuncian, al menos porque debieran estos recordarle que él sólo con sus falsas predicciones y engaños notorios, con su adulación continua á las malas pasiones, con su ambición desmesurada é intransigente, es en último término el único responsable de los gritos y silbidos del pobre pueblo iluso y de la represión de la autoridad, y por lo tanto del luto que visten y de las lágrimas que vierten algunas familias de Madrid.

A *La Iberia* y comparsa les ha entrado miedo de que una vez admitidas las dimisiones de varios catedráticos (*hombres sólo de ciencia*) la Universidad se convierta en cátedra de tauro-maquía.

Nosotros no abrigamos ese temor. Por fortuna de las letras, ni el Sr. Olózaga es comisario regio para arreglar el templo de Minerva, ni le sería fácil reunir aquellos veinte y cuatro doctores en volapés que trabuco en mano colocaron la ciencia á la altura de sus respectivas tallas.

Ahora si se cumpliera la profecía que el general Prim hizo en el banquete de los Campos Eliseos el día 3 de Mayo último, cuando decía: «Conozco los obstáculos tradicionales que se oponen á que lleguemos al poder, pero así y todo, llegaremos. Conozco que no es fácil pasar por encima de tanto adversario como nos cierra el paso; pero así y todo pasaremos», entonces, pudiendo reproducirse los felices tiempos de nuestra tercera regeneración, entonces cabe en lo posible que se realicen los temores de *La Iberia*.

Que quien hizo un cesto, hará ciento, Si...

Cerca de veinticuatro horas se ha llevado reunido el ayuntamiento de Madrid, discutiendo el grave é importantísimo punto de si sus individuos han de presidir ó no las corridas de toros.

Entretanto, estas no se celebran por causa de la lluvia, y gracias á esta, el trigo ha bajado, pero el precio del pan no; y por causa de las lluvias el pescado llega á esta corte casi todo en mal estado, y sin embargo se vende y se cobra como bueno; y los lecheros destapan las bocas de sus basijas y al público le venden agua lechada, y los perros andan sin bozal y las pantorrillas de los cortesanos en peligro. Y todo esto y algo más, que es lo que interesa al vecindario, desatendido; porque como el ayuntamiento se ha hecho político, discute si ha de presidir ó no las corridas de todos.

Si en Bizancio se hubiera conocido tan bárbara fiesta, es posible que los concejales se hubieran también allí ocupado en lo mismo.

¿Qué felicidad es vivir en la corte protegidos por autoridades tan tutelares!

Esperamos se nos avise cuándo se da el punto por suficientemente discutido.

Las *Novedades* encuentra muy bien el recuerdo que hizo anteayer en el Senado el marqués de Molins del art. 2.º, tratado 8.º, título 10 de la Ordenanza general del ejército, que dice así:

«El que con *reparable frecuencia* jure excecablemente, será corregido con tres días de prisión; y si después no se emendare, sufrirá la pena de ponerle una mordaza dentro del cuartel, y el castigo de prisión ó otro corporal que parezca conveniente para su entera corrección.»

También á nosotros nos parece muy oportuno el recuerdo, y sentimos que ni al señor marqués ni á *Las Novedades* se les haya ocurrido antes de ahora exigir el cumplimiento de una ley con cuya infracción, y con la del Código penal en la parte que hace referencia al mismo excecable delito, viven escandalizados la gran mayoría de los honrados y católicos ciudadanos de España.

O las leyes están constantemente en vigor, ó no.

Si lo están, la protesta de los legisladores y de la prensa que así propia se galardona el pomposo título de «custodio de las leyes», debe ser oportuna y hasta si es necesario constante.

Pero reservarse la queja para cuando ó personalmente, ó en los intereses de un partido se experimentan los efectos de su infracción, es egoísta y desautorizado.

Proclamar la libertad en todas sus manifestaciones, y luego quejarse de una de ellas, es inconsecuente.

¿Con qué derecho lamentan hoy *Las Novedades* este escándalo, sin recordar que llaman loco y se rien á mandíbulas batientes del senador Sr. Sierra, cuando se ha levantado su voz en el Senado para protestar de este y otros ataques

igualmente dados á la moral pública y á las honradas costumbres de nuestros compatriotas?

Las noticias de la Habana no son nada satisfactorias.

Hé aquí el extracto de una carta que de la capital de Cuba publica *Las Noticias*:

«En una carta de la Habana se dice que el señor capitán general Dulce se dispuso á adoptar medidas energéticas con objeto de reprimir los atentados que diariamente se cometen en aquella ciudad, pues sin duda *alentados los negros con la guerra de Santo Domingo*, no pasa día en que no se cometa un robo ó asesinato, particularmente fuera de puertas, donde sin embargo hay más edificios y más población que intramuros.»

El Gobierno por su parte, dando á este asunto el interés que merece, ha dispuesto que salgan de Cádiz para el apostadero de la Habana la fragata *Concepción* y el vapor *Vasco Núñez de Balboa*.

Así dispusiera también que se quedaran en la Península por falta de pasaje, ciertas *Revistas* y periódicos que con sus artículos y las actas de algunas asociaciones, hacen más daño en Cuba y Puerto-Rico que la vecindad de Santo Domingo!

El liberalismo y el patriotismo no caben en un saco.

El *Espíritu Público*, haciéndose cargo de ciertas frases pronunciadas ayer en el Senado por el espíritu fuerte Sr. Luzuriaga, dice:

«Lo extraño es que un hombre de la experiencia del senador progresista no conozca, á sus años, que en un convento tendría más probabilidades que en el Senado, expresándose como se expresa, para disponer su ánimo y conquistar la bienaventuranza.»

No le falta razón al *Espíritu Público*; pero, si no satisfactoriamente, se explica el hecho con la mayor naturalidad recordando que el señor Luzuriaga es el pobre doceañista.

La primera ocurrencia que se vino á mentes al general Prim la noche del 10, fué, según él dijo, cojer una escopeta y echarse á la calle.

Los *Tiempos* comentando este arranque del senador progresista, dice:

«Lo único que debió ocurrir á un teniente general, y grande de España, y senador del reino, era ponerse el uniforme y presentarse en el palacio de su Reina ó en el Principal, que es el punto de reunión de cuantos militares quieren combatir á los revoltosos.»

Esto en efecto se le ocurrió á cualquiera, ¡pero un progresista, es un cualquiera ó es un progresista!

Aquí, hasta que no convengamos en las definiciones no nos entenderemos.

Ayer tarde se recibió en Madrid el siguiente telegrama:

«SAN ROQUE, 18. Noticias recibidas esta mañana del Peñón participan que las habilitaciones fronterizas habían roto las hostilidades. El ministro de España en Marruecos ha dirigido energías reclamaciones al ministro de Negocios extranjeros del Sultan, el cual, accediendo á su demanda, envía hoy mismo al Bajá del Rif orden de dirigirse sobre el Peñón con todas las tropas que tenga disponibles para sujetar á las tribus y dar satisfacción á España. Los culpables serán castigados públicamente en Tánger ó Tetuan.»

El Comercio de Cádiz defiende de la siguiente manera al periodista:

«Los periodistas, dice, como tales periodistas, no valemos más, no representamos más, no disfrutamos personalmente derechos distintos que la generalidad de los españoles. Nadie nos ha dado sus poderes para escribir en el sentido que nos plazca hacerlo. No tenemos personalidad legal que nos permita formar cuerpo, corporación, ni reunión alguna que pueda y deba intervenir en el gobierno del país. Para ejercer funciones públicas de cualquier género que sean, necesitamos algo más que la voluntad propia. El diputado á Cortes debe su investidura á los votos de los electores. El ministro debe la suya al nombramiento de la Corona. El gobernador, al nombramiento del ministro.»

El alcalde al nombramiento del gobernador. El simple alcalde municipal al nombramiento del alcalde. ¿A quién deben los periodistas la investidura que se atribuyen? ¿Qué autoridad se les ha concedido arriba ó abajo para representar intereses públicos, para hablar en nombre del país, como un poder llamado á alternar, á *hombrear*, digámoslo así, con los altos poderes del Estado?

El periodista emite sus opiniones, juzga bajo el punto de vista de ellas todos los hechos públicos, todo lo que viene al terreno de la publicidad, pero los juzga con su criterio propio, y su criterio á nadie pertenece sino á él mismo: no es el criterio del país, no es el criterio de un poder, de un tribunal, de una corporación legalmente establecida. Los periodistas, pues, no tenemos ningún privilegio sobre los demás españoles, y hacemos un tristísimo papel invistiéndonos de una autoridad que nadie nos ha concedido.»

Estas son nuestras mismas opiniones, y así las venimos manifestando desde el primer día de nuestra publicación.

Confirmando noticias nuestras de hace tres días, dicen hoy los diarios noticieros que S. M. ha dado las órdenes oportunas para trasladarse á Aranjuez con su Real familia el día 3 de Mayo.

Ayer tarde á las dos fué recibida por SS. MM. la Princesa María Luisa, esposa del Príncipe Carlos de Prusia.

Acompañaban á S. A. R., el ministro plenipotenciario del Rey de Prusia y su señora, el conde Schaffgotsch, mayordomo mayor de S. A. R. la Princesa de Prusia, el conde de Dönhoff, chambelán de S. M. el Rey de Prusia, y las damas de honor señoras condesas de Haake y de Seydewitz.

La Princesa vestía de raso blanco con encajes, lucía un precioso adorno de gruesas perlas en la cabeza y pecho.

Al presentarse S. A. R. en el patio de la Armería,

la guardia de Palacio tocó marcha de Infante, que su vez fué repetida por la música del Real cuerpo de Alabarderos cuando penetró S. A. R. en el alcázar de nuestros Reyes.

S. M. el Rey, con fina galantería, salió á la meseta de la escalera á recibir á la augusta reciénvenida, que fué acogida en la Cámara por S. M. la Reina, rodeada de su servidumbre, de los grandes de España y del presidente del Consejo de ministros.

A esta recepción asistió también el Sr. de Cueto, encargado especialmente por S. M. de acompañar á S. A. R.

La entrevista duró cosa de una media hora, y nuestra Soberana se mostró en ella tan cariñosa y tan francamente amable con la Princesa, que desde el primer momento se captó las simpatías de la augusta viajera.

Después de la entrevista, S. A. R. se retiró para volver hoy á Palacio, donde comerá en familia con sus majestades.

En la próxima semana irá otra vez á comer á Palacio, donde habrá una gran comida.

S. A. R. estará pocos días en Madrid, pasando después á Andalucía, y volviendo desde allí á su país, donde la llaman al lado de una hija enferma los cuidados de una madre cariñosa.

Por la tarde, y poco después de regresar S. A. de Palacio, estuvieron en la fonda, á devolverle su visita S. M. el Rey, y á ofrecerle sus respetos los Infantes D. Francisco, D. Enrique y D. Sebastian, con sus augustas esposas.

También por invitación de S. A. estuvo ayer á visitarla el Sr. D. Eugenio Ochoa, director de Instrucción pública, á quien dispensó S. A. en Berlin todas las atenciones propias del bondadoso carácter de tan distinguida señora. Anoche volvió á visitarla el señor Ochoa en compañía de sus hijas.

Ayer salió de Madrid para Sigüenza el Sr. Benavides, ministro de Estado. En dicho punto permanecerá algunos días al lado de su hermano el Emmo. señor Obispo de aquella diócesis, con objeto de restablecerse un tanto del mal que le ha aquejado estos días, y se dirigirá después á los baños de Alhama en Aragón.

Hoy volverá á reunirse el comité de la mayoría para continuar ocupándose de la forma en que ha de sostenerse la discusión en el Congreso.

Las dimisiones de los catedráticos supernumerarios que anunciamos ayer, han sido admitidas por el Gobierno.

Las que no han parecido, son las de los otros catedráticos propietarios amigos del Sr. Castelar.

El Gobierno aceptará cuantas se le presenten.

Las causas que se instruyen en los juzgados de primera instancia á consecuencia de los últimos sucesos van á pasar al juzgado del Centro, donde se acumularán á la que se está instruyendo en dicho juzgado; pero hemos oído decir que este último juzgado se va á inhibir del conocimiento de ellas y las pasará al de Palacio, fundándose en que el origen de los sucesos tuvo lugar en la calle de Santa Clara.

La *Correspondencia* hacia anoche á los estudiantes la siguiente paternal indicación:

«Acuerda del proyecto de reunión que se atribuye á estudiantes de la Universidad central, con el propósito, según se asegura de redactar una reverente instancia á S. M., solicitando la reposición del Sr. Montalban, una persona muy competente nos ruega recordemos á los estudiantes el art. 140 del reglamento de Universidades, que prohíbe á los alumnos dirigirse colectivamente á sus superiores de palabra ó por escrito; y prescribe que los que infrinjan este artículo, serán juzgados como culpables de *insubordinación al jefe que se dirijan*. Los artículos 178 y siguientes disponen quienes deben juzgar estos actos y las penas con que deben castigarse. De modo, que si esta exposición se considera como un acto de *insubordinación* á S. M., creemos que la pena habría de ser muy grave. Guiados del buen deseo ó imparcialidad que nos caracteriza, hacemos esta manifestación, valga por lo que valiere.»

La advertencia no ha debido caer en saco roto, cuando *La Democracia* publica hoy las siguientes líneas: «Sabemos que es de todo punto falso que los estudiantes de la Universidad de Madrid traten de elevar una exposición á la Reina pidiendo la reposición del Sr. Montalban.»

Bueno es que los estudiantes vayan entrando en razón.

Los periódicos liberales é independientes han principiado á repartir algunas cantidades entre los 18 620 presos que hay en el saladero de resultados del motín del día 10.

Antes de comenzar la distribución, parece que rezarán un Padre nuestro en sufragio del alma del señor D. Juan de Robres, en cuya imitación realizaban aquel año.

Los presos en el Saladero por los sucesos del 10 han escrito una carta á los estudiantes que también se hospedan en aquella casa solariega, diciéndoles que los socorran.

Nada más justo que el jornalero cobre de aquel en cuyo nombre pone mano á la obra.

Según *El Diario Español*, los estudiantes de la cátedra del Sr. Castelar se proponen no volver á esta hasta que vuelva á regentarla el catedrático suspenso.

Este proyecto lo que tiene de bueno es que á lo sumo dentro de quince días no será necesario que se ocupen más en él los alumnos.

En este concepto lo encontramos muy bien.

La Iberia dice que al guarda-frenos de un camino de hierro lo han preso por leer *La Iberia*.

Ya será por otra cosa, no presumimos nosotros.

Si será por algo parecido á la causa por qué fué preso cierto gitano, que se obstinaba en decir que la justicia le había echado mano por una *marranada*?

Y luego se supo que el gitano tenía razón, porque se había apropiado una pira de ganado de cerda.

Si será por una *Iberia* por lo que han cogido al guarda-frenos?

Allá se sabrá.

Se ha dicho por algunos que era cosa decidida que D. Pascual Madoz se iba á presentar en el Congreso tan pronto como empezase el debate sobre los sucesos

de la noche del 10, añadiéndose que ya había presentado su acta.

Pero en esto, según dice *La Nación*, no hay más que dos equivocaciones: que el Sr. Madoz no es diputado, y que no tiene acta.

A estas circunstancias felicísimas deberemos no escuchar al Congreso otro, digámoslo así, discurso semejante al que ayer largó en el Senado el venerable Sr. Luzuriaga.

Ha renunciado el juez de imprenta de esta corte señor Dicienta: en su lugar parece que está nombrado D. Agustín Cándido Morata, promotor fiscal en Valladolid.

El senador Sr. Huelves ha venido á escape á Madrid para tomar parte en las discusiones del Senado.

En punto á motines, no sabemos de ningún otro personaje que tenga la autoridad que el Sr. Huelves para tratar.

El ministro que logró hacerlos endémicos, debe de saber cosas muy curiosas acerca de su tratamiento. Deseamos ya con ansiedad escuchar la autorizada voz de este notabilísimo práctico.

Las Noticias da los siguientes pormenores del hecho acaecido anteayer en la calle de las Aguas, que dió ocasión á que los guardias tuvieran que hacer uso de las armas:

«Los guardias, dice, que intervinieron en la ocurrencia de la calle de las Aguas, fueron los números 1,415 y 1,432, y el hecho fué de la manera siguiente: José Serrano Jordan se hallaba *insultando y maltratando á una anciana* en la calle de Toledo, y al tratar de prenderle los expresados guardias para llevarle á la prevención, hizo resistencia contra ellos, fugándose después, y los guardias se creyeron en la precisión de hacerle un disparo estando en la calle de las Aguas, donde fué aprehendido, y habiéndolo llevado á la prevención, se le ocupó una navaja de grandes dimensiones.»

Si José Serrano maltrataba á la pobre vieja, en nombre de la libertad científica, declaramos solemnemente que los guardias hicieron una barbaridad impidiéndolo.

Estaba en su derecho.

Deseamos saber si Serrano está herido, para excitar á la prensa liberal é independiente á que abra una suscripción en su favor.

La reacción está desatentada. *Abysus abysum invocat*.

Ha llegado á Zaragoza el Excmo. señor Obispo de Calahorra, preconizado de Jaén.

ULTIMA HORA

SENADO.

El señor ministro de Fomento hace uso de la palabra para defender la legalidad de los acuerdos tomados por el Gobierno en la cuestión de Instrucción pública. Cita una larga lista de profesores que han sido separados en diferentes épocas, y entre ellos el Sr. Ruiz Pons, catedrático de Zaragoza, que lo fué en la misma forma que ahora se ha hecho, sin que aquella medida causara escándalo en nadie, ni aun en el mismo Sr. Luzuriaga, que también era en dicha época presidente del Consejo de Instrucción pública y senador.

D. Cirilo Alvarez, empieza haciéndose cargo de las palabras pronunciadas por el ministro de la Gobernación, para manifestar que las oposiciones no habían tenido una frase para condenar á los revoltosos de los días 8 y 10.

El orador se extiende en hacer cargos al Gobierno por la conducta que permitió observar á la Guardia veterana en la noche del 10, que califica de ojeo y cacería organizada de ciudadanos pacíficos.

Dice que hoy la presencia ó el contacto de un guardia veterano, es para las mujeres un motivo de horror, y para los hombres de ira é indignación.

Concluye consignando que las alusiones hechas por el Gobierno hacia los que han tomado parte son inmerecidas, y que por su parte el orador puede asegurar que su nombre jamás se asoció á las perturbaciones ocurridas en este país, sino para reprobarlas.

El señor ministro de la Gobernación hizo notar al Senado que las palabras del señor Alvarez no solamente disculpan el motín, sino que además justifican cualquier suceso revolucionario en que el pueblo quiera tomar venganza de aquellos sucesos.

Protesta energicamente contra semejantes teorías, y asegura también que la Guardia veterana entrará en la Plaza de toros, pese á quien pese, porque el Gobierno está dispuesto á mantener firme el prestigio de una fuerza que no ha hecho otra cosa sino cumplir con su deber.

Creemos que no podrán terminar hoy estos debates.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 20.

Hoy, á las once de la mañana, ha atravesado París el Emperador Alejandro, siendo recibido en la estación del Norte por el Emperador Napoleón, quien lo acompañó hasta la estación de la línea del Mediterráneo. El Czar salió inmediatamente en un tren especial para Niza.

VIENA, 21.

El Gabinete de Berlín acaba de proponer al de Austria la reunión en los Ducados de una Asamblea nacional, á fin de conocer los deseos de las poblaciones.

MALTA, 21.

Noticias de Alejandría dicen que los delegados del comercio han hecho el día 3, en doce horas y en unas pequeñas lanchas, la travesía desde Ismaila hasta el puerto Said.

PARIS, 22.

Por decreto imperial publicado hoy en el *Monitor*, ha sido nombrado presidente de la comisión de vigilancia de las cajas de depósitos y consignaciones, Mr. Roulaud, senador y gobernador del Banco de Francia.

En la Bolsa se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidada 45-80 publ. Títulos del 3 por 100 diferido 41-00 publicado. Deuda amortizable de primera clase 39-00 no publ. Deuda amortizable de segunda id. 23-00 no publ. Deuda del personal, 21-25 no publicado. Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, 78-50 publicado.

Acciones del Banco de España, no publ.

CÓRTESES

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 21 de Abril de 1865.

Se abrió á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que el Sr. D. Millán Alonso se ocupaba de asistir á las sesiones por hallarse enfermo.

Prévio anuncio del señor presidente, juró, tomó asiento en el Senado é ingresó en la quinta sección el señor marqués de Heredia.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente acerca de la interpelación del Sr. Calderón Collantes.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Luzuriaga tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. LUZURIAGA: Señores senadores, hace ya tiempo que yo había dado por terminada mi vida política militante, y no sé razón, porque la verdad es que yo no la dejo á ella, sino que mis facultades y mis fuerzas son las que me dejan á mí; pero hé aquí que no sé si por mi desgracia, pero al menos contra mi voluntad, por más que no parezca verosímil, aunque es verdad, soy presidente del consejo de Instrucción pública, y se han hecho aquí muchas alusiones á los votos de sus individuos, habiéndose hecho una por el señor ministro de la Gobernación, aun cuando estoy seguro que ha sido sin intención en el fondo, pero de la que á pesar de esto podría resultar alguna interpretación que debo desvanecer, porque dirigiéndose al Sr. Calderón Collantes, decía: «Han engañado á su señoría los que le han dicho que ha pasado tal y cual cosa en el consejo de Instrucción pública;» y como, según acabo de manifestar, soy presidente de esa corporación, y amigo al mismo tiempo del Sr. Calderón Collantes, podría acaso deducirse que quien le había engañado era yo; así es que debo declarar que no obstante de no ser un secreto de Estado lo que pasa en el consejo de Instrucción pública, no he hablado una palabra sobre ello con el Sr. Calderón Collantes, porque tengo por norma de mi conducta en este punto no decir lo que allí pasa, y menos en lo que se refiere á las resoluciones de ese cuerpo consultivo con el Gobierno, procurando, por lo mismo que estoy lejos del Gobierno, mantener allí un carácter extraño á la política.

No soy más que consejero, y añado que á pocos pasos que se vayan dando en la carrera de caracterizar á ese cuerpo como político el Gobierno puede no contar conmigo, porque la verdad es que la política lo invade todo, y que esta cuestión de enseñanza ha llegado á tomar cierto matiz político, y sin violencia puede decirse que allí se ha introducido la política, y á poco que esto siga yo no estoy en mi lugar, pues no estar como senador con el Gobierno, y estar allí como funcionario, son dos cosas que no pueden estar unidas; pero como no quiero meter ninguna clase de ruido, deseo que mi salida de allí no le produzca.

Manifestado ya lo que me ha obligado á pedir la palabra, debo ocuparme de algunos cargos graves que el señor ministro de la Gobernación ha dirigido á los que pertenecemos á ciertas ideas políticas. S. S. traía y llevaba el principio de autoridad con la facilidad que le caracteriza, para dar forma muy lucida á todo lo que dice, enroblando el pensamiento con ciertas frases á propósito, de modo que sin violencia ninguna, al oír á S. S. el día pasado, cualquiera persona desapasionada hubiera dicho: el señor ministro de la Gobernación tiene como infundado en su persona el principio de autoridad, y el que combate su persona combate ese principio; y de aquí, anatematiza contra los que en esta cuestión tienen la desgracia de separarse del Gobierno. Algo me corresponde, y algo me permitirá el señor presidente decir respecto de esta grave inculpación.

Decía también el señor ministro de la Gobernación, ó lo que es más exacto, no lo decía, porque, como ya he dicho, S. S. tiene una sutileza de ingenio envidiable, dice que no dice lo que está diciendo, y á favor de esta logomaquia muy estudiada dirigió un cargo gravísimo al Sr. Calderón Collantes y á sus amigos, diciendo que si se asocian ciertas ideas ó ciertas circunstancias, y si se tiene en cuenta el grande empeño en derribar á este ministerio y defender á los sediciosos, podía deducirse una consecuencia que ya no dudaría S. S., pero dejaba el camino abierto para que la dedujesen los demás, y traducida toda esa fraseología sibilística al lenguaje vulgar, la habrán dado otros muchos el sentido que yo la di, reducido á que los amigos del Sr. Calderón Collantes, es decir, la Unión liberal, ha contribuido á que se hayan pronunciado esos bullicios, ó los ha favorecido directa ó indirectamente; y esto, señores, es tanto más importante, cuanto que si fuera ese el sentido de las palabras del señor ministro de la Gobernación, darían una gran fuerza á los rumores que en ese mismo sentido se han echado á volar. Algo, pues, me habrá de permitir también el señor presidente sobre este cargo.

También nos acusa S. S. de no haber concurrido á los funerales de nuestro malogrado compañero el Sr. Alcalá Galiano. Yo declaro que, como presidente del consejo de Instrucción pública, me hubiera creído en la obligación moral de ir, y lo hubiera hecho con gusto; pero no acudí por una indisposición crónica que hace algunos años padecemos que me hace no asistir á ninguna ceremonia. Por lo demás, of con satisfacción el elogio que S. S. hizo del Sr. Alcalá Galiano, y lo único que sentí es que fuese póstumo.

Dicho esto, voy á hacerme cargo, aunque ligeramente, de estas diferentes alusiones, porque ni tengo derecho para más, ni fuerzas para extenderme mucho, y esto hará también que lo que voy á decir no dé color al debate. Y aquí debo advertir que algo de mi frialdad quisiera comunicar al señor marqués de los Castillejos, mi antiguo amigo, que no llevará mal le diga esto. Paso ahora á la alusión relativa á la instrucción pública, y empiezo por decir que la historia que hizo el señor ministro de la Gobernación el día pasado, con poca diferencia, es exacta, y de consiguiente no voy á hacer más que ocuparme de algunos pormenores que no entraban en el cuadro trazado por S. S.

Cuando este ministerio subió al poder, debió soplar un viento de Este, como si dijéramos, de más allá de los montes; y sin que yo trate de averiguar quiénes eran los agentes meteorológicos de este viento, es lo cierto, que á los pocos días se expidió una circular

que ha sido muy menoscabada, y de la cual no diré más, sino que fué, según la opinión que de ella formé cuando la lei, la expresión de una lucha muy empuñada entre las opiniones personales de su autor y la presión exterior que lo empujaba; y algo de esto debió haber, porque no satisizo á nadie, y tengo motivos para creer que ni aun á su autor. Entonces se indicó si había ó no de publicarse una consulta del consejo de Instrucción pública, y tengo la fortuna de estar de acuerdo con el señor ministro de la Gobernación en que no debió publicarse, y en este punto disentió de mis dignos compañeros, aunque por motivos muy diferentes, pues en mi concepto, siendo el espíritu de la consulta, si no contrario, muy desemejante á la Real Orden, pedir al Gobierno que se publicase, era desear su humillación. Y con esto llegó á la cuestión, muy debatida y ensangrentada ya por desgracia, y que no sé el camino que le resta que andar, que es la cuestión de enseñanza en su último estado.

El señor ministro de la Gobernación, continuando como cronista exacto de lo que ha pasado, dijo que se había mandado al consejo de Instrucción pública el proyecto de una especie de reglamento penal en que se determinaban los casos en que gubernativamente podía ser removido un catedrático.

Esto es cierto, como lo es que el Consejo desechó este proyecto, pues se creyó que envolvía un exceso de poder al querer interpretar con una ley que tenía carácter penal en la parte que trata de la privación de oficio, y haciéndolo de modo que produjese una regla general y obligatoria, pues esa interpretación es la que se llama auténtica y pertenece al legislador; pero desechado este proyecto, la mayoría hubo de decir cuál era su opinión sobre la inteligencia y el sentido concreto de la ley, y entonces la minoría, en la que me encontraba yo, formó un voto particular.

El Gobierno, según ha manifestado el Sr. González Brabo, se atuvo al dictamen de la mayoría, y de conformidad con él, mandó al rector de la Universidad central que formase un expediente gubernativo para la separación de un individuo del profesorado, y el rector, que es una persona incapaz de hacer mal á nadie, y que es de un carácter angelical verdaderamente (y digo esto para que se comprenda que no ha podido ni prever siquiera, ni aprobar las consecuencias que han sobrevenido), opinó en la forma que ya sabemos. No he de disputar al señor ministro de la Gobernación la legalidad ni la justicia de la resolución que adoptó separando al rector de la Universidad; pero creo que en eso se ha cometido un grande error que con otra serie de errores que ha habido, han dado ocasión, al menos, al error gordo del 10 de Abril.

A este error se siguió el de la concesión de la serenata, que á vista del más míope era lo mismo que conceder una cencerrada, porque esta era el acompañamiento inseparable de la serenata. Después siguió el error de haber revocado la licencia que se acababa de dar, pues de este modo si no había serenata había cencerrada, porque el acopio de los silbos se había hecho y estaba ya todo preparado, siguiéndose á esto el de que á vista y paciencia de todas las autoridades hubiera en la calle Ancha por espacio de dos ó tres horas en la mañana del lunes una cencerrada; lo he oído á personas que han visto aquello, y no tuvo otro carácter, y como tal lo califica el Código penal, castigándolo como falta con algunos días de arresto. El error consistió en no haberlo hecho desaparecer entonces, y yo creo muy bien lo que decía el señor ministro de la Gobernación de que sus amigos le acusaban de contemplativo y blando, ántes de la noche del lunes, se entiende. Si hubiera hecho entonces ejecutar la ley, por cierto es muy suave, pues sólo era cosa de tres ó cuatro días de arresto, pudiera haberse evitado el disgusto que hubo. De todos estos errores vino ya el que yo he llamado gordo, que corona esa desgraciada serie de equivocaciones.

Podrá decirme el señor ministro de la Gobernación que por qué califico yo de error eso de que en mi concepto nacieron los demás, y yo se lo voy á decir á su señoría, aunque no tenga la pretensión de que mi opinión sea mejor que la de mis ilustrados compañeros los consejeros de Instrucción pública. Si hubiera de examinarse esa cuestión que se llama de instrucción pública y que pertenece á la ciencia filosófica, me abstendría de la legalidad existente bajo el punto de vista exclusivamente académico, entonces habría lugar á discutir si un catedrático fuera de la enseñanza es ó no tan libre como todos los demás ciudadanos: pero no estamos en ese caso, porque tenemos una ley, obra del Sr. Moyano, que ciertamente no pecará ni de falta de piedad ni de falta de monarquismo, la cual establece por principio la inamovilidad del catedrático, haciéndose solo cuatro excepciones que no enumeró porque no hace al caso. Ahora bien; las prescripciones de la ley deben entenderse taxativamente, como decíamos en el voto particular, porque en materia de leyes penales no puede adoptarse una interpretación ampliada.

Y aquí debo manifestar que tanto disienten mis opiniones de las que se atribuyen al profesor de que se trata como de las de cualquiera de los señores ministros, lo que, sin embargo, no me impide lamentar que un ministro de la Corona, al hablar de un profesor determinado, haya dicho que es reo de un gravísimo delito, al menos así lo entendí yo, olvidándose entonces de lo que, con poca razón, en mi concepto, había querido argüir mi amigo el Sr. Calderón Collantes, y de la gran presión que podía ejercer desde esos bancos sobre la conciencia de un pobre juez, pues debía considerar que no estaba bien echar toda la pesadumbre del Gobierno sobre un ciudadano que ya tiene la desgracia de estar *sub judice*, y que tiene la presunción de ser inocente mientras no recaiga un fallo contra él.

Pero aunque no tuviéramos esa ley, bien conoce el señor ministro de la Gobernación que en ese campo de la ciencia, donde se mueven y agitan tantas y tan diversas escuelas, los profesores han abrazado una de ellas y no es fácil buscar un criterio para medir la ortodoxia, digámoslo así, de las opiniones de un profesor.

No podríamos medirlos por la opinión de un ministerio, porque apenas podrá haber dos en él que tengan las mismas doctrinas en ese punto, y además, casi no hay ministerio que pase del plazo de seis ú ocho meses; de manera que, ó sería necesario que los profesores cambiásemos de sistemas á cada paso, ó que en lugar de la inamovilidad de que gozan hoy en bien de la enseñanza, se constituyesen en un estado de movilidad perpetua. No hay, pues, más remedio que tomar las cosas con sus condiciones naturales, y

en un país en que se gobierna libremente, dejar al catedrático la misma libertad que tienen los demás ciudadanos con las mismas limitaciones. Si comete un delito, los tribunales están para castigarlo, y la misma declaración judicial servirá en la mayor parte de los casos para la privación académica: de otra manera, si el Gobierno se empeña en ir por la senda que ha entrado, será un grave mal para la enseñanza pública.

Y nótese, señores, que habiendo habido quejas contra ese catedrático, y procedido al exámen de lo que hubiera en este punto, se ha visto en su cátedra que es un modelo de disciplina, de saber, de templanza, de subordinación y de todas las cualidades de un buen profesor; y si el Gobierno pretende entrar en la carrera de destruir lo que no profesa opiniones enteramente ajustadas á las suyas, hará en mi concepto mal. (El señor ministro de Fomento pide la palabra.) Me alegro que pida la palabra el señor ministro de Fomento, y tanto más, cuanto que sospecho que S. S. está tocado de ese viento de que he hablado ántes, y no se ofenderá S. S. por esto, pues cuando profesa ciertas doctrinas, yo estoy seguro que será por creerlas mejores; pero bueno es que nos entendamos, y de consiguiente, vuelvo á decir que si entra en esa senda dando un paso hoy y otro mañana, ha de llegar día en que el Gobierno no pueda ir más adelante, porque se le ha de exigir que se convierta la Universidad en un convento, y cada cátedra en una congregación.

De todo esto se sigue que lo que el Gobierno ha cometido con la separación del rector, es un error, y es preciso que se precava y que haga alto en ese camino, que es peligroso. Y aquí doy por concluida esta alusión, pasando á ocuparme de esa especie de cargo que yo he creído ver sobre sí mismos más ó menos respetuosos con respecto al principio de autoridad. Pero por ventura, señores, ¿es el señor ministro de la Gobernación (y lo que digo de S. S. lo digo de otro cualquier señor ministro), es S. S., digo, el principio de autoridad? Seguramente que no, porque estas son dos cosas enteramente distintas, y se puede censurar á un ministro y ser al mismo tiempo muy fiel al principio de autoridad. Conviene aclarar esto, porque el vulgo confunde muchas veces el principio de autoridad con la persona que lo ejerce, y esto no debe ser así, porque no hay más principio de autoridad que la ley, y el que quebranta la ley, arriba ó abajo, comete una falta que es doble cuando se verifica arriba, porque se quebranta la ley y se hace traición á los deberes que se ha contraído.

Téngase por consiguiente entendido que cuando algunos amigos míos y yo combatimos al Gobierno, no vamos contra el principio de autoridad, que tratamos por el contrario de robustecer, pues solamente censuramos los extravíos que se han podido cometer fuera de la ley, y con esto entro en la última alusión, y digo que nosotros no defendemos más que la ley, y si de las frases emboscadas del Sr. González Brabo ha podido alguien deducir que alguno de nosotros ha podido, no digo promover, pero ni siquiera favorecer ni aun indirectamente á los promovedores de los bullicios, nos haría un gran agravio, porque somos sencillos amantes del orden público, que creemos no se mantiene sino observando estrictamente las leyes; y tengo la fortuna también, al ocuparme de este punto, de estar conforme con el señor ministro de la Gobernación en una de las apreciaciones que hizo, pues nos decía que en la noche del 10 de Abril no hubo rebelión ni sedición, y que por consiguiente no tenía que hacer las intenciones en la forma que el Código penal previene para estos casos y que el Sr. Calderón Collantes indicaba, y esto excusa de entrar en otros pormenores de si hubo pedradas ó no, de si sí se encontraban esas piedras, como decía el Sr. Calderón Collantes, ó si, como decía el señor gobernador civil, eran tantas, que por lo visto había sido como una especie de inundación de acreófitos que caían de las nubes.

El señor ministro de la Gobernación ha decidido ya esta cuestión, y nos ha tranquilizado al mismo tiempo, puesto que la sociedad no ha estado en peligro de ver amenazada su existencia, ni su organización, ni la prerogativa de los poderes públicos, ni nada de lo que constituyen los principios esenciales, fundamentos sociales, declarándose con esto implícitamente también que no ha habido ni principio de guerra ofensiva, y no habiendo esto, no ha podido haber tampoco guerra represiva. S. S. rebajó la gravedad de los sucesos á su verdadera medida, y quisiera ver cómo me explica que haya habido una cosa que amenazase á la sociedad, y que sin embargo no haya habido sedición ni rebelión, á no ser que quiera S. S. que no hubiese sedición ni rebelión para solo el objeto de no hacer las intenciones que la ley previene.

Yo, señores, no quiero entrar á examinar lo que pasó en la Puerta del Sol; para mí es muy respetable el testimonio del señor ministro de la Gobernación, que hablaba como testigo ocular, y que se confirma con otros testimonios igualmente respetables; así es que, sin meterme á averiguar los medios empleados ni la forma en que de ellos se hizo uso para reducir á esos insubordinados, que ya no eran sediciosos, que cometían desacato contra la autoridad, y dando de barato que efectivamente no se excedió el Gobierno absolutamente en nada de los límites indispensables para restablecer la calma, quédame todavía por preguntarle, así como al Senado y al país entero, cómo, desecha esa reunión de discursos, se justifican esas descargas, esas acometidas, esas razas, esas batidas que se dieron por las calles pacíficas y solitarias de la población.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á S. S. se concrete á la alusión.

El Sr. LUZURIAGA: Pocas palabras tengo que decir ya; pero he sido acusado de un modo un poco emboscado, de estar tal vez en favor de los bulliciosos, y voy á demostrar que lo que he defendido es al ley, y que deploro las violaciones, vengan de arriba ó de abajo. Yo pregunté al Sr. González Brabo si lo que se ha dicho aquí puede justificarse con el ejemplo de Wellington que nos cita S. S. ¿Cree que disueltos en el parque los amotinados contra quienes disparaba la artillería, hubiera cometido la barbaridad de dirigir sus fuegos por la plaza del Regente, por la Cité ó por la calle de Oxford? Ciertamente que no, y para mí el cargo es este.

Yo estoy distante de creer que haya sido ese el ánimo del Gobierno; pero los desmanes cometidos en calles enteramente solitarias, pacíficas y tranquilas, no se pueden justificar, y eso es lo que nosotros censuramos; y el mismo señor presidente del Consejo de ministros puede recordar que en el año 48 nadie dispuso á aquel Gobierno el derecho de emplear la fuerza

en toda su extensión, y por lo único que se le dirigieron cargos fué por la latitud que dió á las medidas represivas después de restablecido el orden; y créame el Gobierno de S. M., no hablo en este momento como hombre de partido; no hago más que exponer los hechos; y haciendo esto sólo, no puedo menos de decir que todos los que han presenciado los hechos á que me refiero, á una voz le dan el nombre de *barbaridad*.

Yo lo he calificado sólo con el de error, y no acuso de malicia al Gobierno, ni creo que deliberadamente quisiese que hubiera una porción de desgracias innecesarias; de lo que yo le acuso y le debe acusar su conciencia es de haber obrado con debilidad, con una especie de alucinación (á ella todos estamos expuestos), y que lo que hubo es que después de haber visto una silba de tres ó cuatro horas, se le encendió la sangre y no hizo lo que yo creo que hubiera sido más conveniente para evitar esos tristes sucesos, obrando con más tino. He concluido.

El señor ministro de la GOBERNACION (González Brabo): Mucha dificultad ofrece siempre, señores senadores, el contestar á cierto linaje de discursos, que pertenecen al género que el Sr. Luzuriaga crea ser el de los que yo pronuncio, en que diciendo que no se dice una cosa, sin embargo se dice; y esta dificultad, que es siempre la que presenta el Sr. Luzuriaga en todos sus discursos, se acrecienta cuando ese discurso es pronunciado por persona de grande autoridad, de edad avanzada, de saber reconocido, y que procura imprimir á la forma de sus palabras cierta especie de frialdad que dista mucho del fondo de las ideas y de los pensamientos que con esas palabras viste; y se aumenta la dificultad, porque no es posible dar una acometida enérgica y vigorosa, de forma y de fondo, á lo que se presenta suave, volátil y ligero como una paloma inocente y blanca que se mece en el espacio.

Sin embargo, aquí no estamos para atenernos meramente á la forma; sino para entrar en el fondo de las cosas; y el Sr. Luzuriaga, acostumbrado á dirigir argumentos, aunque con esa forma suave, muy azoradamente, no extrañará que le conteste con alguna energía, pues S. S. no se ha limitado real y verdaderamente á contestar á una alusión personal, sino que ha cogido lo más fundamental de los ataques que se han dirigido al Gobierno para renovarlos y presentarlos con nueva forma y dárles mayor vigor.

Los ataques fundamentales que se han dirigido al Gobierno pueden reducirse á dos puntos principales, de los cuales es uno la historia de la Real Orden sobre instrucción pública, en la que según el Sr. Luzuriaga, todo lo que se ha hecho ha sido una serie de errores que en muchos casos califica de faltas de ley, las que engendran de parte del Gobierno una desautorización completa; y aquí S. S., no imitándose á mí, sino imitándose á sí mismo, no sacó la consecuencia, dejando que la saquen los señores senadores, que no podrían deducir otra de lo dicho por S. S., sino que desautorizó el Gobierno por una serie de errores, el principio de autoridad desaparece en él, y ya puede irse contra lo que no es autoridad. El otro punto de que también se ha ocupado el Sr. Luzuriaga en segunda, es relativo á los sucesos que han tenido lugar últimamente; y respecto á esto, decía S. S.: «lo que sucedió el otro día, no porque lo diga yo, ni porque ello sea así, sino porque lo dice el señor ministro de la Gobernación, no es una cosa tan importante ni de tanta trascendencia, y no debió ser tan agresivo como se ha supuesto, y no siendo tan agresivo no debió ser tan ofensivo, y de consiguiente la parte agresiva del Gobierno no debió ser lo que fué.»

Estos son los importantes cargos que, acompañados de otros de menor importancia, ha dirigido al Gobierno el Sr. Calderón Collantes, los que se han repetido por los que hacen oposición al Gabinete, y los que hoy presenta el Sr. Luzuriaga con el talento superior que yo siempre he admirado en S. S.; que al decir esto ha principiado por reconocer que yo anduve exacto al referir lo sucedido en el consejo de Instrucción pública, calificando, según lo ha tenido por conveniente, una Real Orden que se dió en vida del Sr. Alcalá Galiano; y con este motivo S. S. ha recordado una alusión que yo hice ayer, y de la cual S. S. se ha salvado en lo que pudiera tener de amargo.

Ya dije ayer, señores, que respecto á la Real Orden no debía hablar, porque ya en ocasión oportuna se dieron las explicaciones terminantes, y los Cuerpos colegisladores las tuvieron por buenas. Mas ha habido después el Sr. Luzuriaga de lo sucedido en el consejo de Instrucción pública, y ha dicho que éste había opinado como el Gobierno con respecto á la aplicación de la ley de Instrucción pública y del reglamento que la explica, entrando en algunas cuestiones que su señoría conoce no pueden ser tratadas en este debate exclusivamente político. S. S. ha dicho cosas muy buenas relativas á los límites que pueden tener los catedráticos en su conducta fuera de la Universidad, y ha planteado con gran franqueza la cuestión; y yo, sin entrar de un modo completo en ella, diré al señor Luzuriaga si cree que un magistrado del Tribunal Supremo, por ejemplo, puede descender, moralmente hablando, á la arena de los periódicos, y después de haber jurado sobre los Evangelios una cosa, combatir en la prensa.

Esto no lo podrá sostener seguramente S. S., y lo mismo puede decirse de un catedrático, porque fácilmente se comprende qué ideas y qué pensamientos podrá inspirar en el ánimo de un discípulo el que después de haber jurado fidelidad, respeto y acatamiento á las leyes existentes y á aquellas cosas que son inviolables é inmutables por la ley, después de explicar en la cátedra sin faltar en lo más mínimo á lo que ha jurado, al día siguiente lo viene condenando y anatematizando. No puede, pues, tener un profesor esa libertad que S. S. dice, y que tiene que estar limitada por el sentido común, y sobre todo lo está por la misma ley. Y aquí voy á contestar á una cosa que su señoría ha creído oír y que yo no he dicho respecto al profesor á que ha aludido S. S. Lo único que manifesté fué que había sido encausado y que había un auto de prisión, y que esa acusación y ese auto de prisión eran suficiente motivo para que el Gobierno tuviera derecho de hacer con ese profesor lo que ha hecho al cabo.

Habló también el Sr. Luzuriaga del rector de la Universidad, que es en efecto una persona en quien concurren las cualidades que S. S. ha dicho; pero esto nada tiene que ver con la cuestión que aquí tratamos, y recuerdo lo que sobre este punto dije ayer respecto á que el rector entendía el cumplimiento de su deber de una manera y el Gobierno entendía que debía cumplirlo de otra; y lo entendía así el Gobierno, no con arreglo á su arbitrio, sino con arreglo á

informaciones y consultas meditadas profundamente, y en este caso el Gobierno hizo uso de su prerogativa. Por lo demás, en esta cuestión contestará más cumplidamente el señor ministro de Fomento, que ha pedido la palabra y tiene los documentos necesarios para eslararla.

Pero ántes de concluir con esto, me cumple dejar sentado que el Gobierno ha estado autorizado para proceder del modo que lo ha hecho, y que la separación del Sr. Montalban la ha verificado en virtud de un derecho indisputable, sin haber faltado en lo más mínimo á la ley ni á la justicia; de modo que aún partiendo del principio sentado por el Sr. Luzuriaga, el Gobierno estaba en posesión de toda su autoridad, y que, por consiguiente, los sucesos han tenido lugar en contra de la ley que el Gobierno tiene la obligación de hacer respetar.

Pero el Sr. Luzuriaga ha definido el principio de autoridad según lo ha juzgado oportuno, y ha preguntado si creía el ministro de la Gobernación que estaba infundado en su persona el principio de autoridad, ó si creíamos que el principio de autoridad era la persona del ministro, ó mejor dicho, las personas de los ministros. Yo no responderé á S. S. abriendo el Código, no quiero hablar de eso; pero mirando la cuestión bajo un punto de vista más general, diré que el principio de autoridad no es sólo el principio de la legalidad, sino que también es el principio de la justicia, y mientras la justicia está al lado de los actos del que la ejerce, el principio de autoridad está en él; y diré más, y es que en casos extremos, tratándose de materias políticas y asuntos de Estado, no es la primera vez que por todas las escuelas, así las de principios más avanzados como las que profesan los más restrictivos, se ha reconocido que la autoridad está donde está la conveniencia pública; y negar esto es negar la historia, pues se podría probar al instante de una manera completa que la política que ha regido en muchísimos casos ha sido la razón de la conveniencia; y cuál fué la razón que tuvo el señor duque de Tetuan cuando acometió la empresa de restaurar el orden en 1836? Tuvo la grande ley de la conveniencia pública, y esa fué la que le llevó á tomar aquellas grandes resoluciones.

Pero dejando esto aparte, y habiendo demostrado que aun bajo el punto de vista legal más estrecho, el Gobierno ha estado en la plenitud de su derecho haciendo lo que hizo con el Sr. Montalban, se demuestra también que no tuvieron razón los que atacaron aquel acto. Y nada vale que el Sr. Luzuriaga quiera, interpretando torcidamente mis palabras, sostener que no ha habido delito por parte de los alborotadores, pues si bien es cierto que al principio no hubo verdaderos delitos de sedición ni de rebelión, después de organizada como se pudo la resistencia, pudieron cometerse y se cometieron otros delitos; y querer negar que no hubo resistencia, es querer negar la luz del día, supuesto que aquí mismo hay algunos senadores que pueden decir cómo pasaron las cosas. En cuanto á la manera como la agresión fué reprimida, ya he dicho lo bastante, limitándose ahora á añadir que la Guardia civil, ateniéndose sólo á sus reglamentos, podía haber obrado en presencia de las turbas, aun sin instrucciones del Gobierno.

Pero el Sr. Luzuriaga ha hecho indicaciones de otro género, y de ellas debo hacermelo cargo. Hablando de la conducta que el Gobierno piensa seguir en la cuestión de enseñanza, ha dicho S. S.: «Mal viento sopla para el ministro de Fomento y para todos en general; por el camino que habéis entrado, hoy dando un paso, y mañana otro, llegareis á convertir la universidad en un convento y cada cátedra en una tribuna de demagogos.» Pero, señores, ¿de cuándo acá se ha visto que en la Universidad se permita á los catedráticos ese género de libertades que aquí se invoca, y que no existe en ningún país civilizado? En Inglaterra mismo, donde es un hecho social la libertad del pensamiento en materias religiosas, no se permite en la universidad la menor discrepancia ni la menor contradicción en la conducta y modo de ser de los profesores.

Yo bien sé los fueros que tiene la ciencia; pero lo que el Gobierno no quiere es que ni por uno ni por otro extremo sirvan las cátedras y la conducta de los profesores de testimonio contrario á los fundamentos de nuestra sociedad política y religiosa. No necesito decir más, ni quiero alargar un debate para todos doloroso, porque al ver atacar aquí los principios y las razones del Gobierno, al mismo tiempo que la fuerza de su autoridad, por personas respetabilísimas, puede creerse fuera de aquí que peligran objetos y principios que se hallan perfectamente á cubierto y que el Gobierno está firmemente seguro de poder defender.

El Sr. LUZURIAGA: Como la cuestión que yo había de ventilar con el señor ministro es una cuestión de doctrina, y para ello no me autoriza el reglamento, renuncio la palabra.

El señor marqués de los CASTILLEJOS: Ayer pedí la palabra cuando el señor ministro de la Gobernación pronunció algunas muy graves, pues S. S. estuvo, más que de acertado, ligero y falto de la circunspección con que debe hablar un ministro dirigiéndose á senadores dignos de la consideración que nadie les niega. S. S., de la manera que sabe hacerlo, con aquel aplomo con que sabe hablar, usó de ciertas retenciones que los senadores progresistas no podemos permitir y rechazamos; tanto más, cuanto que ellas vienen de acuerdo con lo que ha dicho cierto periódico ministerial. El Sr. González Brabo dijo que la actitud de los senadores progresistas, con otros antecedentes, justificaban la conducta del Gobierno. Es decir, que la presencia de los senadores progresistas en estos bancos con motivo de una cuestión de suma gravedad, unida á otros antecedentes, ha autorizado al Gobierno para herir y matar á ciudadanos inermes é inofensivos. P. dice el periódico á que aludo, que es *El Gobierno*.

«En la sesión del Senado de ayer tarde, un suceso inesperado vino á turbar el silencio con que los asistentes oían la exposición de hechos que iba haciendo el Sr. Calderón Collantes.

Los murmullos y muestras de extrañeza que se hicieron notar durante algunos segundos; fue-on debidos á la entrada de los senadores progresistas en el salón de sesiones. Y por cierto que no había motivo para admirarse.

Para el acero no hay como el imán.

Un motin era la orden del día.

El partido progresista no podía faltar en un sitio

donde la cuestión principal era perturbación del orden público. Y no faltó.

Digase ahora que los progresistas no son consecuentes.

¿Que valia la razón del cacareado retraimiento, cuando se trataba de un motivo?

Ahora, si el Senado recuerda las palabras del señor Gonzalez Brabo al dirigir un apóstrofo tan mordaz á los senadores progresistas luego viene el periódico diciendo lo que ha oído la Cámara, no le extrañará ni excitación al señor ministro, para que nos explique cuáles son esos otros antecedentes que con los senadores progresistas tengan relacion, rogándole que sea explícito en su contestación, porque si no volveré á la carga.

En cuanto á la cuestión que se debate, creo inoportuno decir nada más, pues no conseguimos salir respectivamente de nuestras opiniones respecto á la conducta del Gobierno, y sólo sostendré que no la habido razón para atropellar y maltratar de la manera que se ha hecho. El señor ministro aseguró con tono resuelto que las tropas habían sido hostilizadas, que se había hecho fuego sobre los soldados; y yo digo que no se ha disparado un tiro por el pueblo contra los soldados ni los guardias veteranos, que no lo son, habiendo estos sin suficiente motivo atacado y contestado á los silbidos con cuchilladas, y á los demuestros con tiros.

Otra alusión me dirigió el señor ministro de la Gobernación refiriéndose á ciertas palabras mías en un célebre banquete. Supuso S. S. haber yo dicho: «quítame el ejército y no tengo inconveniente en echarme á la calle.» Pronuncié palabras semejantes, pero no esas mismas. Por entonces los periódicos que no estaban de acuerdo con la actitud de nuestro partido, nos provocaban á salir á la calle, diciéndonos que ni teníamos favor en Palacio, ni apoyo en el ejército, ni fuerza en la opinión pública, y que por lo tanto, éramos gentes que valíamos poco; á lo cual contesté yo: «es verdad que no tenemos fuerza en el ejército, y también lo es desgraciadamente que no tenemos favor en Palacio; pero en cuanto á que carecemos de opinión en el país, tengo la convicción de que el partido progresista es la gran mayoría del mismo;» y añadí: «que se retire la tropa á sus cuarteles; vámonos todos á la calle y contémosnos... Pero no habria que contarnos, porque estaríamos solos.» Tales fueron mi pensamiento y mis palabras.

También ha dicho el señor ministro de la Gobernación que el retraimiento que hemos estado observando era una amenaza constante contra altos poderes. A esto me basta contestar que S. S. no puede negar el derecho que tienen los progresistas para acudir ó retirarse de las urnas, y que si hoy hemos venido aquí, no es para discutir sobre esta materia, sino para dar nuestra opinión y nuestro voto en un asunto de suma importancia.

El señor ministro de la GOBERNACION (Gonzalez Brabo): El señor marques de los Castillejos me pide una explicación, y yo voy á satisfacer á S. S., dejando al mismo tiempo en toda su plenitud lo que manifesté ayer; pero antes debo decir á S. S. alguna cosa. S. S. es juez para juzgar del acierto de mis actos y de mis palabras; pero al calificar de ligera mi conducta, S. S. empieza á excederse en su derecho, y es más ligero de lo que supone que yo he sido.

Yo no he faltado á la circunspección con que debe hablarse en este sitio al examinar la actitud de un partido político, ni el presidente ni la Cámara me lo hubieran permitido. Por lo demás, ¿ha de ser censurado el Gobierno un día y otro día, han de suponerse las intenciones más aviesas y criminales, se ha de decir que su conducta es funesta y conduce á la ruina del país, sin que esas palabras sean malsonantes para nadie, y se ha de culpar de falta de circunspección á un ministro por las apreciaciones que haga acerca de la conducta de un partido liberal? ¿Pues qué especie de liberalismo es este que no tolera que se juzgue con el mismo vigor y energía que se emplean al tratar de los contrarios?

Ha tomado pié el señor marques de los Castillejos de lo que dice un periódico que defiende al actual Gabinete al examinar la actitud de S. S. y de sus amigos; y S. S. no hace bien, porque si acudimos á los periódicos, iremos muy lejos, supuesto que así como su señoría apela á los diarios ministeriales, yo podría ir á los de su partido, para juzgar de sus intenciones y deseos. Señores, la verdad es que ni S. S. ni el Gobierno respondemos de todo lo que digan los periódicos de nuestra comunión política. Pero vengamos á las palabras que pretende el señor marques de los Castillejos que explique el ministro de la Gobernación. Yo dije que la actitud de los senadores progresistas con otros antecedentes, justificaba la conducta del Gobierno resistiendo y procurando disolver la perturbación en la noche del 10, no que justificaban, como su señoría ha dicho, los excesos que se hayan cometido, que no están todavía completamente averiguados, sobre los que, por consiguiente, hace S. S. mal en afirmar nada definitivo, y de los cuales, en último término, no es posible jamás hacer responsable á un Gobierno.

Y, señores, ¿no habia de justificar la conducta de este la actitud de los senadores progresistas, no como tales senadores, no por ser cinco ó seis individuos, sino por su gran representación? Pues qué, ¿el retraimiento de un partido que se supone numeroso, no tiene significación y no cambia las relaciones de legalidad y tranquilidad del país? ¿Y ese retraimiento no tiene antecedentes? ¿Pues no se han dado interpretaciones, ya por el mismo partido, ya por el contrario? Si, señores, el retraimiento de un partido es una cosa que pesa sobre los poderes públicos, coartando muchas altas libertades y prerogativas, y sus consecuencias son funestas, SS. SS. no las querrán, pero lo cierto es que el retraimiento de un partido provoca toda especie de resistencias y de agresiones. Y el derecho de emitir este juicio no me lo negará el señor marques de los Castillejos, porque ni S. S. ni sus amigos son impecables, y si vemos que han entrado por un camino de perdición, SS. SS. no tienen facultad para impedir que se lo digamos, sin que por ello se crea resentida la dignidad del partido á que pertenecen. Esta es la explicación legal y terminante que doy al señor marques de los Castillejos.

Y ya que el señor marques de los Castillejos ha ejercido su derecho censurando algunas palabras mías, voy á ocuparme yo también de algunas que su señoría ha pronunciado. Dice S. S. que los guardias veteranos no son soldados; pues yo le contesto que todos han servido en el ejército; que todos ó la mayor parte han entrado en combates y han sido heridos; que todos llevan un honroso uniforme; que todos son

hombres de honor, y que es, por lo tanto, muy extraño que un teniente general trate de hacer esa expulsión del ejército respecto á los dignos individuos de la Guardia veterana. Por lo demás, S. S. afirma que en la noche del 10 no hubo tiros; pero contra la voz de S. S. está la voz del Gobierno, que es un poco más autorizada.

No quiero ocuparme de la singular teoría que su señoría ha expuesto á propósito del ejército encerrado en los cuarteles y de las gentes que se echan á la calle y que se cuentan para saber quiénes son más y quiénes son menos. Señores, ¿qué tristes consideraciones se presta eso! Si tal regla bastara, ¿quidá la Guardia civil de los caminos, quidá los serenos de las poblaciones, y pronto las gentes de la violencia ocuparían la vía pública, ahuyentando á las personas honradas é invadirían la morada de los ciudadanos pacíficos.

No; esto no puede juzgarse así, porque es muy natural que aquellos que hacen uso de la palabra y de la declamación llenen la calle; pero el día de la bacanal, viene el juicio, y entonces salen como por encanto las mayorías verdaderas, ántes asustadas y escondidas, y entonces reclaman medidas más fuertes para que no vuelvan á repetirse esas pruebas que el señor marques de los Castillejos quisiera que se realizaran. (Bien, bien.) También ha dicho S. S. que sus amigos no tienen favor en el Palacio. Señores, en el Palacio donde habita una Reina constitucional no hay más que el Monarca que da el poder á aquellos á quienes designa la opinión pública ó piensa que ha de designarlos, y de ningún modo se dispensa ese poder al favor, al capricho ó al acaso. Yo como miembro del Gobierno, protesto contra unas palabras que me hacen recordar para el señor marques de los Castillejos la lección de circunspección que S. S. quería darme.

Por lo demás, estoy de acuerdo con S. S. en que el retraimiento del partido progresista es una gran cosa. Pues si fuera una puerilidad, una pequeñez, ¿cómo tanta gente honrada (como decía Cervantes) se habia de haber reunido en la venta para decir que no era aquello el yelmo de Mambrino? El retraimiento no es una cosa insignificante, ni puede parecerse así al ver á un partido que permanece indiferente y ausente de las Cámaras cuando se trata de asuntos tan graves como el abandono de Santo Domingo, la paz del Perú el estado de la Hacienda y el más ó menos de las libertades públicas, ó sea todo lo que constituye la política española. Ahora bien; ¿no hemos de tomar en cuenta esa situación y de justificar el juicio que formemos acerca de ella? Y por otra parte, ¿qué extraño es que gentes que no tienen motivo para juzgar de las cosas por la rectitud de las intenciones, que nosotros conocemos, expliquen, malamente sin duda, la presencia de ese partido aquí con motivo de la discusión que nos ocupa? He dado estas explicaciones, no sólo por pedirles al señor marques de los Castillejos, sino también por convenir al bien del país y al interés del Gobierno aclarar lo que S. S. ha creído que podía ser un ataque á sus intenciones.

El señor marques de los CASTILLEJOS: El señor Gonzalez Brabo, sacando la cuestión de quicio, la ha traído á un terreno adonde S. S. sabe que no me podía llamar. ¿Quiere S. S. que entremos en ese debate? ¿Quería yo decir que el favor que se tenía en Palacio no era ese favor natural que se tiene en los palacios? ¿Pues qué es lo que pretende S. S.? ¿Dejarme aplastado? Pues yo no soy hombre que se anonada, y entraré en la cuestión de Palacio.

El señor PRESIDENTE: No le permitiré á V. S.... En Palacio no hay favor ni otra cuestión más que el deseo del bien público, y por ello, y porque la persona del Monarca y sus régias prerogativas están fuera de toda discusión, no permito ni puedo permitir que siga V. S. en ese camino ni trate esa cuestión.

El señor marques de los CASTILLEJOS: No he dicho todavía una palabra sobre ella, señor presidente. El señor PRESIDENTE: Ha dicho V. S. que iba á tratar la cuestión de Palacio, y no lo permitiré ni por un instante.

El señor marques de los CASTILLEJOS: Respeto la autoridad del señor presidente; pero sin duda estaba V. S. distraído cuando no ha llamado al orden ántes al señor ministro de la Gobernación.

El señor PRESIDENTE: A V. S. es á quien llamo al orden en este momento.

El señor marques de los CASTILLEJOS: El Sr. Gonzalez Brabo no podía atribuir á mis palabras otro sentido del que yo quería darlas, ni estaba S. S. autorizado para hacer suposiciones.

Ha extrañado S. S. que un teniente general echara una expulsión sobre soldados que han sido valientes y han merecido la cruz de honor. ¿Y acaso porque esos veteranos hayan sido buenos soldados deja de ser cierto que han acuchillado, que han acrimillado á balazos á indefensos ciudadanos? Esa es la cuestión.

En cuanto á las explicaciones del señor ministro, debo decir que no me han satisfecho, y vuelvo á preguntarle más terminantemente: ¿ha querido S. S. suponer que los senadores ó el partido progresista han tenido directa ni indirecta parte en las ocurrencias de la noche del 10? A esto deseo que el señor ministro conteste categóricamente.

El señor ministro de la GOBERNACION: Mis explicaciones han sido leales y francas; al hablar del retraimiento, he dicho que era expuesto á consecuencias fatales; pero he salvado las intenciones de todos. Y siendo así, ¿qué es lo que quiere el señor marques de los Castillejos? ¿Quiere S. S. que me declare autor de un bill de indemnidad para todos los actos del partido progresista? He manifestado que el retraimiento es ocasionado á sucesos como los de la noche del 10; pero no he dicho que la responsabilidad de ellos sea de los senadores progresistas ni de ninguna otra persona.

El señor marques de los CASTILLEJOS: No me basta la aclaración del señor ministro; S. S. hizo reticencias ofensivas para nosotros y para nuestro partido, y puesto que no quiere explicarlas, yo protesto contra esa ofensa.

El señor ministro de la GOBERNACION: No he querido ofender al señor marques de los Castillejos ni á ninguno de sus compañeros... (El Sr. Cantero: ¿Ni al partido progresista?) Ni al partido progresista, á quien quisiera ver aquí y en la otra Cámara renovando las antiguas luchas de mejores tiempos Si otra cosa quisiera, no diría lo que digo.

El señor marques de los CASTILLEJOS: Quede sentido, que ni los senadores ni el partido progresista han tenido nada que ver con los sucesos del 10.

El señor ministro de la GOBERNACION: Quede sentido también que yo no he dejado de decir ahora lo mismo que dije desde el principio de mis explicaciones.

El señor PRESIDENTE: Habiendo pasado las horas de reglamento se suspende esta discusión, que continuará mañana.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y media.

Mañana domingo se administrará procesionalmente, y con el aparato de costumbre, la comunión pascual á los feligreses impedidos en las parroquias de San Martín, San Pedro, San Andrés, San Ginés y San Luis.

La novena de las Cuarenta Horas se está celebrando en la iglesia de Santo Tomás con la grande magnificencia que es costumbre todos los años. La asistencia diaria de ilustres Prelados y numerosos Clero á la celebración de las sagradas ceremonias, la elocuencia de los oradores que ocupan la cátedra del Espíritu Santo, las religiosas armonías que resuenan en el coro y el grande aparato que presenta aquel elevado y espacioso templo, atraen diariamente un inmenso concurso de fieles, observándose, á pesar de esto, el mayor recogimiento y compostura. El señor Bolanos, encargado de la predicación por las tardes, llena cumplidamente su misión, desenvolviendo con su natural aflicción, de un modo tan claro como incontestable, los grandes misterios del Catolicismo, la doctrina de la Iglesia y sus máximas del Evangelio.

Se están haciendo los preparativos necesarios para que los funerales que se han de celebrar por el descancho del alma del Sr. Alcalá Galiano sean con gran suntuosidad; al efecto el conocido profesor Sr. D. Ignacio Ovejero se ha encargado de la parte artística y musical, y concurrirán los principales profesores de orquesta de esta corte, y los artistas señores Nicolini y Aldighieri, los cuales han accedido gustosamente mostrándose agradecidos á lo que han conconcepto como un favor y como un medio de agradecer públicamente la favorable acogida que les ha dispensado siempre el público de Madrid. Los funerales tendrán efecto en la semana próxima, y probablemente se celebrarán en la iglesia del Carmen.

El señor embajador de Rusia, que se halla en esta corte, ha dispuesto que en la capilla de la embajada se ruegue por el pronto restablecimiento del gran duque heredero.

Dentro de pocos días se pondrá á la venta en la librería de Durán un libro titulado *Apuntes para la biografía de D. Antonio Alcalá Galiano*; apuntes escritos por el mismo interesado y entregados al director de las Escenas contemporáneas para que los publicase cuando le pareciera, manifestándole sus deseos de que no viesen la luz pública hasta después de su muerte.

Ya que la parte del Metro más próxima á Madrid está destinada á construcción de casas, inutilizando para recreo del público una gran parte de aquel ameno y delicioso sitio, conveñdría, para suplir en lo posible esta falta, que se hicieran plantaciones de árboles, bosques y jardines en el mucho terreno inculto que hay entre la huerta de San Gerónimo, el baño de la elefanta y el Observatorio astronómico, cosa que no puede ofrecer grandes dificultades, teniendo para el riesgo las aguas del Lozoya, que se han introducido recientemente dentro de la misma posesión.

Habiéndose formado fuera del portillo de Embajadores un grande arrabal, es de necesidad absoluta se establezcan en él algunas fuentes para que las muchas familias que allí habitan puedan surtir de agua sin acudir á un punto demasiado distante. Con esta indicación hacemos un servicio á personas que en ello tienen interés, no creyendo difícil la realización del proyecto estando ya colocada la cañería en toda la parte de Madrid inmediata al sitio de que hablamos.

El precio de los granos ha tenido estos días una baja notable en el mercado de Madrid, cosa que no podía menos de suceder, pues el temporal que reina desde principio de mes, lo mismo en Madrid que en todas las provincias de España, es inmejorable para el campo, y ofrece á los labradores una cosecha abundantísima. Sirva esto de aviso á los tahoneros, por si gustan hacernos partícipes de estos beneficios, bajando también, como pueden y deben, el precio del pan.

Estamos completamente de acuerdo con las siguientes observaciones que hace El Gobierno:

«Llamamos muy encarecidamente la atención de la censura de teatros hacia lo que está sucediendo. Hace poco tiempo prohibió un drama titulado *Cora ó la esclavitud*, que tenía por objeto presentar los desastrosos efectos de dicha esclavitud en Norte-América, país clásico de la verdadera libertad, como lo llaman sus admiradores. Y sin embargo, esta misma censura acaba de aprobar un drama que se está representando en el teatro de Novedades, donde aparece un sacerdote llamado el padre Claudio, y le presenta el autor como cómplice en una larga serie de crímenes con cierto gobernador de Italia.

Este fraile, á vista del público desenvaina un puñal para asesinar á un capitán aventurero; á vista del público le desnudan, con obscenidad, de sus hábitos; al lego que le acompaña le llaman *aprendiz de fariseo*; postrado de rodillas ante sus enemigos, declara que es un criminal, y últimamente le arrojan por un balcón al mar entre los aplausos del público.

¿Adónde hemos llegado? ¿Dónde está el saludable rigor de la censura de teatros?

Anteayer tuvo la honra de ser recibida por S. M. la célebre cantante señorita Patti acompañada de su señor padre.

Esta noche asistirá SS. MM. al teatro Real al beneficio de esta artista.

Para el beneficio de la señora Spezia se pondrá en escena en el teatro Real la ópera *Faust*, debiendo tener lugar á la mayor brevedad, y esta función estará comprendida en el número de las de abonó.

Para el beneficio de la señora Langrande tendrá lugar una función extraordinaria, en la que se ejecutará la cuarta representación de la ópera *Il Profeta*.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Sotero y San Cayo, mártires.

SANTO DE MAÑANA. San Jorge, mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de Santo Tomás, donde prosigue celebrándose la solemne novena del Santísimo Sacramento; á las diez será la Misa solemne, en la que predicará D. Vicente Pastor, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Juan Bolanos.

Continúa celebrándose la solemne novena de María Santísima del Amparo y Buena Muerte en la parroquia de San Luis: á las diez habrá Misa mayor con sermón, que predicará D. Juan Abdon, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Pío Hernandez Fraile. Después de reservar se hará la imposición del Escapulario á los nuevos coquegrantes, con la solemnidad y rito del Sagrado Orden de la Merced.

En las parroquias habrá Misa Mayor, y en las Servitas por la tarde ejercicios con mañifiesto y sermón, que predicará D. Ruperto Urra.

También habrá por la tarde ejercicios con sermón en San Ginés, San Millán, San Antonio del Prado, Carme Calzado y Oratorio del Caballero de Gracia; y

en el Oratorio del Olivar predicará por la noche don Félix Lopez Soldado.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Soledad, en San Isidro, San Marcos, ó en las Calatravas.

Se reza de la Dominica in-albis, con rito doble de primera clase y color blanco.

SANTO DEL LUNES. San Gregorio, Obispo y confesor, y San Fidel de Sigmaringa, mártir.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Santo Tomás, donde termina la novena del Santísimo Sacramento, dedicándose hoy la fiesta al Sagrado Corazón de Jesus: predicará en la Misa mayor D. Jacinto Cervera y por la tarde en los ejercicios D. Juan Bolanos.

Continúa la novena de la Virgen del Amparo y Buena Muerte en la parroquia de San Luis, y predicará en la Misa mayor D. Joaquín Corral y por la tarde en los ejercicios D. Basilio Sanchez Grande.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Merced, en Don Juan de Alarcón ó en San Cayetano, ó la de la Paz en Santa Cruz ó en San Martín.

Se reza de San Fidel de Sigmaringa con rito doble y color encarnado.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE MARINA.

La fragata blindada *Numancia* fondeó en Montevideo el día 13 de Marzo, habiendo experimentado en la travesía desde Cádiz á aquel puerto tiempos bonancalibles.

La salud de la tripulación era inmejorable. Su comandante se proponía continuar en breve su viaje al Pacífico, no obstante la dificultad que para reponer las 900 toneladas de carbon consumidas ofrecían los escasos recursos de aquel puerto, y la gran distancia á que el buque se encontraba de la población por su considerable calado.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

El gobernador de Fernando Póo y sus dependencias, con fecha 28 de Febrero último, participa que el estado sanitario de la colonia continúa siendo satisfactorio.

Fondos públicos.

	CAMBIO AL CONTADO.	
	Publicado.	No publicado.
Titulos del 3 p. g. consolidado.	45-80	»
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. g. id.	»	»
Titulos del 3 p. g. diferido	40-43 y 50	»
Inscripciones en el Gran Libro.	»	»
Materia del Tesoro preterente con interés.	»	»
Idem no preterente, con interés.	»	»
Idem sin interés.	»	»
Participes legos convertibles á 3 p. g.	»	»
Idem del 4 y 5 por 100.	»	»
Duda amortizable de primera clase.	»	»
Idem amortizable de segunda idem.	»	»
Duda del personal.	24-00	»
Duda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interés anual.	21-00	»
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. g. ANUAL		
Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4 000 rs.	»	»
Idem de 4 2000 rs.	»	»
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs.	»	»
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	»	»
Idem de 9 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	»	»
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs.	»	»
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	»	»
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 8 0/0 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles. S. S. C.	78-00	»
Acciones del Banco de España.	»	»

Mercado de Madrid.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.
6070 fanegas de trigo.
649 arrobas de harina de idem.
92 1/8 arrobas de carbon.
119 vacas que componen 52780 libras de peso
220 carneros que hacen 6638 libras de peso.
210 corderos que hacen 4304 libras de peso.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellon arroba.	Quatro libra.
Carna de vaca.	54 á 57	22 á 26
Id. de carnero.	30 á 32	22 á 26
Id. de cordero.	2 á 104	»
Id. de ternera.	90 á 98	28 á 30
Despojos de cerdo.	»	»
Tocino añejo.	85 á 89	30 á 32
Id. fresco.	»	26 á 30
Id. en canal de cerdo.	»	»
Lomo.	»	42 á 51
Jamon.	130 á 144	51 á 60
Acete.	64 á 66	18 á 20
Vino.	42 á 48	12 á 14
Pan de dos libras.	»	11 á 13
Garbanos.	44 á 60	16 á 24
Judias.	26 á 34	10 á 14
PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.		
Trigo.	de 46 á 48 Rs. vd.	
Cebada.	de 28 á 29 Id.	
Algarroba.	de 3 á 32 Id.	

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 21 de Abril de 1865.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Reaumur	Centigr.		
6 m.	702,22	8° 6	10° 4	S. S. E.	Lluvia.
9 m.	702,19	9° 2	11° 4	S. S. E.	Idem.
12 m.	701,99	9° 5	11° 4	S. S. E.	Idem.
3 tar.	701,38	10° 6	13° 8	S. S. E.	Idem.
6 tar.	701,59	9° 5	11° 7	S. S. E.	Cubto.
9 nocht.	702,43	9° 1	11° 2	S. S. E.	Lluvia.

Temperatura máxima del día. 12° 2 15° 2
Temperatura máxima al sol. 12° 2 15° 2
Temperatura mínima del día. 7° 8 9° 8
Evaporación en las 24 horas. 0,2 milímetros.
Lluvia en id. id. 9,8 idem.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.
Segun los partes recibidos, ayer ha llovido en Albacete, Alicante, Avila, Bilbao, Burgos, Castellón de Gandia, Guadalajara, Jaen, Lérida, Murcia, Palencia, Salamanca, San andr, Segovia, Soria, Teruel, Toledo y Valladolid.

ESPECTACULOS.

TEATRO REAL. A las ocho y media.—Función extraordinaria por hoy sábado, á beneficio de la señorita Patti —Acto primero de *La Traviata*, por la señoras Patti y Marco y los señores Nicolini, Ugalde, Pagan, Comis, etc.—Acto tercero de la ópera *Lucia di Lammermoor*, por la señorita Patti y los señores Stigelli, Fagotti, Padovani y Fernandez.—Acto segundo de la ópera *Eliogir d'Amore*, por las señoras Patti y Marco y los señores Boragil, Gassier y Scallase.—Este acto terminará con el duo de *Norina y Dulcamara*, por la señorita Patti y el señor Scallase.

TEATRO DEL CIRCO. Función para hoy á las ocho y media.—Una vieja.—Los guardias del rey de Siam.—Tercera representación del prestidigitador M. Velle.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Función para hoy á las ocho y media de la noche.—Los filibusteros.

ANUNCIOS.

EL DR. D. SANTIAGO FRANCISCO VIQUEIRA, dignidad de Chantre de esta santa y metropolitana iglesia catedral, acaba de publicar un libro en defensa de la Enciclica *Quanta cura* de nuestro santísimo Padre el Papa Pio IX. y Syllabus adjunto, de 8 de Diciembre de 1864. En él examina á la luz de sus profundos conocimientos, todas y cada una de las diez y nueve proposiciones de la primera y ochenta del segundo. La teología, la filosofía y la historia, así como el derecho canónico le han suministrado sólidas y abundantes razones para refutar con lógica inflexible, los graves y trascendentes errores que dichas proposiciones contienen.

Los católicos, pues, hallarán en este libro una enseñanza provechosa, ya para no dejarse sorprender por los partidarios del error, ya para defender la verdad contra todos aquellos que la impugnen.

No nos detengamos en más consideraciones por no ofender la modestia del autor, tanto más, cuanto que, su sólo nombre, es la mejor recomendación que pudiéramos hacer de esta interesante obra.

Se vende en esta ciudad y librería de D. Bernardo Escribano, á ocho reales, un tomo de más de 200 páginas, y á diez fuera, franco de porte, remitiendo sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro.

A los Señores que quieran aplicar dos Misas, se les remitirá también franco de porte.

En la Corona se vende en la librería de la viuda de Pazos.

MES DE MARIA PARA PREDICADORES.
Curso completo de sermones, conferencias, instrucciones para todos los días del mes de Mayo, para todas las festividades y sobre todos los asuntos que se refieren á la Santísima Virgen María.

Traducido al español bajo la dirección de D. Juan Troncoso.

Consta la obra de dos tomos en cuarto, y se vende á 30 rs. en Madrid, librería de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6. Á provincias se remite franco de porte por el mismo precio.

(Núm. 312.—M. y 00.—A. 0, 0, 00, 00, 0, 24 y 28.—M. 1.º y 4.)